

Introducción

La ausencia de datos oficiales precisos y la falta de participación de los actores en la elaboración de las políticas públicas, no permite caracterizar realmente la violencia contra la mujer que ocurre en Venezuela, además de que no parece haberse considerado la perspectiva de la víctima al momento de elaborar las leyes. Existe un vacío de información en cuanto a cifras oficiales y disparidad entre las pocas cifras que ofrecen algunas instituciones; lo que llama a la reflexión sobre el desconocimiento de la realidad y magnitud del problema de la violencia contra la mujer en Venezuela.

Esta situación impide dar respuesta a interrogantes como: ¿Cuál es la visión que tienen las víctimas de este problema? ¿Cómo podemos saber cuáles son los tipos de violencia que sufren en mayor medida las mujeres venezolanas? ¿Qué porcentaje de víctimas denuncia y lleva el proceso hasta su conclusión? ¿Las instituciones pertinentes, realmente brindan apoyo a las víctimas y hacen lo posible por dar soluciones efectivas a los casos denunciados?

“Esta noche me hago la dormida” Crónicas de mujeres víctimas de violencia en Venezuela, pretende dar respuesta a estas interrogantes, a través de la narración de testimonios de mujeres venezolanas que han sido víctimas de violencia, debido a que ésta es una de las realidades más crudas y menos comentada, abordada y estudiada desde un punto de vista formal en Venezuela. El aumento de la cantidad de mujeres asesinadas por violencia de género en Venezuela, obliga a dejar de considerar el problema como una conducta “normal” que forma parte de nuestra sociedad.

La violencia forma parte de nuestras experiencias cotidianas y la mayor parte de las veces es una “presencia invisible” que acompaña gran parte de nuestras

interacciones diarias. Sin que nos demos cuenta, casi “naturalmente” la violencia circula en nuestro entorno (Grosman y col. 1989).

Según Gómez y Zerpa (2009), la violencia contra las mujeres se manifiesta de manera diversa, generando múltiples expresiones que son vividas diferencialmente por ellas, en contextos geográficos y socioculturales distintos. Así mismo, indican que los siguientes factores son determinantes en estas diferencias:

- La condición socio-económica.
- La clase social.
- El origen étnico, raza.
- La edad.
- La orientación sexual.
- La presencia de discapacidades o enfermedades.
- La nacionalidad.
- La religión.
- Las tradiciones y culturas.

Morelba Jiménez (2010), coordinadora del Componente de Igualdad y Género del Centro de Población de Naciones Unidas; en el artículo “*Mujeres sufren en silencio el maltrato*”, publicado en el diario *Última Hora on line*, afirma lo siguiente:

Una mujer pasa en promedio siete años de su vida en pareja aguantando violencia antes de atreverse a denunciar este hecho, y cuando lo hace es porque se ha dado cuenta de que su vida está en peligro. Esta situación, obedece en gran parte, a la escasa información que tienen las mujeres sobre sus derechos y la protección que le brindan las leyes, lo que hace más difícil la erradicación de este problema.

Agrega que a pesar de los avances que ha habido en cuanto a la preservación de los derechos de la mujer dentro de la sociedad venezolana, es evidente que “la violencia dentro del hogar ha ido aumentando, pasando desde una cachetada a un jalón de cabello, tirarle un plato encima, amenazarla con una pistola y darle un tiro”. Señala que aunque no existen estadísticas oficiales al respecto, se estima que detrás de cada mujer que denuncia por haber sido agredida, hay diez que no lo hacen por el miedo que les produce esa situación.

Por otra parte, en la exposición de motivos de la *Ley Orgánica sobre el Derecho de las Mujeres a una Vida Libre de Violencia* (2007), conocida por sus siglas LODMVLV, se señala que la violencia ejercida históricamente hacia las mujeres, por el sólo hecho de serlo, es un gravísimo problema contra el que éstas han luchado desde siempre. Es así como cualquier negativa o rechazo al poder masculino es vivida por el hombre agresor como una trasgresión a un orden “natural” que “justifica” la violencia de su reacción en contra de la mujer.

Se trata de una violencia que se dirige sobre las mujeres, al ser consideradas por sus agresores como carentes de los derechos fundamentales de libertad, respeto, capacidad de decisión y del derecho a la vida. El ejercicio de los Derechos Humanos de las mujeres, en materia de violencia basada en género, se ha visto afectado significativamente también por las concepciones jurídicas tradicionales, basadas en paradigmas positivistas y sexistas (LODMVLV, 2007).

Según el informe de Amnistía Internacional para Venezuela del año 2008, los problemas a los que se enfrentan las mujeres víctimas de violencia en Venezuela, incluyen interrogatorios invasivos, sentenciosos e inadecuados, en un entorno que no es seguro ni confidencial; procesos lentos y que no proporcionan la protección inmediata que se necesita; funcionarios que carecen de formación respecto a cómo responder adecuadamente a las necesidades de las víctimas o que ignoran las

denuncias por considerarlas triviales y ajenas a sus competencias; y personal de salud que no comprende totalmente su papel clave a la hora tanto de proporcionar los servicios médicos necesarios, como de documentar las consecuencias de la violencia. Esta situación, resulta en la imposibilidad de una escucha efectiva que permita el manejo adecuado de la situación que viven la mujer y su familia.

Durante el año 2005 se atendieron 39.051 casos de violencia en el país por organizaciones especializadas públicas y privadas, según datos presentados en la publicación “*Boletín en cifras: Violencia contra las mujeres. Las cifras del 2005*”; elaborado en conjunto por la Asociación Venezolana para una Educación Sexual Alternativa (AVESA), la Fundación para la Prevención de la Violencia Doméstica hacia la Mujer (FUNDAMUJER) y el Centro de Estudios de la Mujer de la Universidad Central de Venezuela (CEM-UCV).

Para hacer frente al problema, el Tribunal Supremo de Justicia, máxima instancia judicial, creó el 9 de mayo de 2007 una Comisión Especial integrada por las Magistradas Carmen Zuleta de Merchán, Deyanira Nieves, y los Magistrados Eladio Aponte y Hadel Mostafá, bajo la coordinación de la Magistrada Yolanda Jaimes Guerrero, la cual inició su trabajo y se ha dedicado a cumplir el compromiso legal de abrir esta jurisdicción especial contra la violencia de género como respuesta a los múltiples casos reportados en el país.

De esta manera, el 28 de junio de 2008 se crearon seis Tribunales de Control, Audiencia y Medidas y dos de Juicio en el Área Metropolitana de Caracas. A estos tribunales ha correspondido la tarea de atender un elevado número de causas que para febrero de 2009 alcanzaban la suma de 12.785.

En la LODMVLV, el Artículo N° 15 identifica 19 tipos de violencia contra la mujer (física, psicológica, amenaza, sexual, acto carnal con violencia especialmente

vulnerable, actos lascivos, acoso sexual, tráfico ilícito de mujeres, niñas, niños o adolescentes; trata de mujeres, niñas y adolescentes; acoso u hostigamiento, prostitución forzada, esclavitud sexual, ofensa pública por razones de género, violencia institucional, violencia obstétrica, esterilización forzada, violencia laboral, violencia patrimonial y económica, obligación de aviso).

Así mismo, Rada (2006), comenta que en esta Ley también se cambia el paradigma de “flagrancia” que en nuestro país ha sido limitación para la aplicación de sanciones. Se trata de cambiar la creencia de que la agresión del hombre contra la mujer obedece a un orden natural.

Una práctica legitimada culturalmente

Cuentan las leyendas hebreas sobre la creación del mundo, que antes de la creación de Eva, Yahvé (Dios) creó a otra mujer llamada Lilith. Esta mujer fue formada por el creador utilizando el mismo barro con el cual fabricó a Adán, teniendo el cuidado de crearlos a ambos a su misma imagen y semejanza. Después de su creación, les entrego el Jardín del Edén para cohabitarlo en armonía e igualdad (Martínez, 2012).

Después de algún tiempo, se dice que Lilith abandonó el paraíso, debido a su inconformidad con las reglas establecidas por Yahvé, como por ejemplo no comer el fruto del árbol del conocimiento, y debido a su aburrimiento por la cotidianidad de la vida paradisíaca y sobre todo, a su cansancio frente a las ínfulas de superioridad de Adán, pese a que habían sido creados del mismo barro.

Una vez que se enteró de la partida de Lilith, Yavhé mandó a tres de sus ángeles a buscarla con el mensaje de que si accedía a regresar con Adán, no sufriría ningún castigo y se le otorgaría la oportunidad de volver a empezar. Sin embargo, Lilith se mantuvo firme en su decisión y no solo se negó a regresar con Adán sino que se mudó a la región del Mar Muerto para vivir en comunidad con los ángeles caídos, en un lugar donde no estaba prohibida la ingesta de ninguna fruta, en donde se podía mencionar cualquier nombre en voz alta y en el cual no había obligación de servir a los ángeles, como había tenido que servir a Adán.

Frente a los hechos, Yavhé no tuvo más remedio que crear otra compañera para Adán, pero este segundo intento se hizo de manera diferente para evitar una nueva Lilith. De una costilla de Adán, Yavhé formó a Eva. Luego la entregó al hombre para que le acompañara y le sirviera. Eva cumplió sus funciones hasta que conoció a la serpiente y decidió comer la fruta del árbol del conocimiento, hecho que

le ganó su destierro y la maldición de su creador que la condenó a enemistarse con la serpiente, a servir a los hombres y a sufrir dolor en el momento del alumbramiento.

La religión católica se nutrió del mito creacional de la cultura hebrea (que a su vez la había heredado de las culturas mesopotámicas), y la incorporó al Génesis de su libro sagrado, no sin antes eliminar las menciones a Lilith en el proceso creacionista. Al asumir este mito creacionista a partir del siglo IV, la tradición católica implícitamente dividió a las mujeres en dos grandes arquetipos.

Por una parte, colocó a las desventuras y desterradas hijas de Eva, condenadas a sufrir y a servir a los hombres para compensar su culpa en la pérdida del paraíso terrenal, sin derecho a ejercer dominio sobre el hombre y el deber de guardar silencio; mientras que en el otro extremo, fueron ubicadas las insumisas y rebeldes hijas de Lilith, mujeres condenadas por su descaro al cuestionar los dogmas de fe y sobre todo, por su férrea convicción acerca de su igualdad en relación a los hombres. Con el paso de los siglos, estas ideas se transformaron en piedra angular de la discriminación de las mujeres, retornando al mito originario de la creación de Eva y de su responsabilidad en la pérdida del paraíso, para justificar la condición de sumisión de las mujeres.

Magnus (2010), sostiene que la invasión de los árabes musulmanes, quienes gobernaron la Península Ibérica por más de ocho siglos, influenció la identidad cultural del nativo peninsular. Uno de los aspectos en los que se evidencia esta influencia, es en la posición del hombre en la familia en el mundo árabe, pues ésta se parece mucho a la que ocupa en la cultura iberoamericana. La responsabilidad del hombre es mantener el hogar económicamente y ser la cabeza de la familia. La mujer debe criar a los niños y cuidar la casa. Por lo tanto, es posible que el machismo haya sido traído del mundo árabe e integrado en la cultura ibérica en el aspecto familiar. Posteriormente, esta tradición peninsular trascendió a la cultura hispana.

Es así como la violencia de género encuentra sus raíces profundas en la característica patriarcal de las sociedades en las que prevalecen estructuras de subordinación y discriminación hacia la mujer que consolidan la conformación de conceptos y valores que descalifican sistemáticamente a la mujer, sus actividades y sus opiniones (LODMVLV, 2007).

Villegas (2009), indica que el patriarcado se impone a través de múltiples formas de violencia, desde las más sutiles e históricas, hasta las más cruentas y modernas, logrando la subordinación. La piedra angular del patriarcado es la división sexual del trabajo, entre lo productivo y lo reproductivo. El hombre para la esfera pública de lo productivo y la mujer para la esfera privada de lo reproductivo. He ahí el sustrato de la discriminación, la raíz profunda, histórica y cultural de la violencia contra la mujer.

Por su parte, Blanco (2009), sostiene que toda violencia de género es violencia simbólica en tanto implica relaciones de poder desiguales histórica y culturalmente establecidas entre hombres y mujeres. Tienen su origen en pautas culturales, prácticas, estereotipos y representaciones que construyen los cuerpos de una manera determinada, inscribiendo en ellos unas significaciones culturales y sociales; es decir, una construcción del cuerpo como realidad sexuada y como depositario de principios de visión y división sexuales.

La LODMVLV (2007), en el Artículo N° 14, define la violencia contra las mujeres como todo acto sexista o conducta inadecuada que tenga o pueda tener como resultado un daño o sufrimiento físico, sexual, psicológico, emocional, laboral, económico o patrimonial; la coacción o la privación arbitraria de la libertad, así como la amenaza de ejecutar tales actos, tanto si se producen en el ámbito público como en el privado.

Este instrumento jurídico define la violencia simbólica como aquéllos mensajes, valores, iconos, signos que transmiten y reproducen relaciones de dominación, desigualdad y discriminación en las relaciones sociales que se establecen entre las personas y naturalizan la subordinación de la mujer en la sociedad.

Grosman y col. (1989), indican que entre las razones por las que las mujeres no pueden romper con una relación violenta se encuentra el hecho de que tienen un concepto negativo de sí mismas, también porque creen que sus parejas van a cambiar su conducta en algún momento. Una situación económica difícil, hijos que necesitan el soporte económico de un padre, la duda de si podrán salir solas adelante, pensar que para una mujer con hijos es difícil conseguir empleo, sentimientos de afecto hacia el hombre, miedo a morir o a que el hombre lastime a sus hijos o familiares y la falta de apoyo de familiares y amigos, son otras de las razones por las que las mujeres no terminan la relación violenta.

La acción de las organizaciones de mujeres y de las instituciones oficiales y privadas que luchan contra la violencia de género ha logrado una mayor visibilización del problema, produciéndose un cambio en su percepción pública, dejando de ser un asunto exclusivamente privado. No obstante, ha tomado proporciones preocupantes en el mundo y en nuestro país, actualmente constituye un problema de salud pública que alcanza cifras alarmantes.

Tres ejemplos bastan: cada 10 días muere una mujer por violencia de género en Caracas. El Cuerpo de Investigaciones Científicas, Penales y Criminalísticas (CICPC) reporta aproximadamente 3.000 casos anuales de violencia sexual, cifra que representa un porcentaje limitado de la realidad si se toma en cuenta que sólo un 10% de los casos son denunciados (LODMVLV, ob. cit.). Así mismo, cifras del Ministerio Público indican que sólo en el mes de febrero del año 2009, se habían recibido

101.705 denuncias de violencia contra la mujer, de las cuales 33.719 ocurrieron en el Área Metropolitana de Caracas (Jaimes, 2009).

Álvarez y col. (2011), exponen en su informe puntos relevantes que reafirman, a través de cifras, la gravedad de esta situación en nuestro país. En el capítulo referido a la aplicabilidad de la *Ley Orgánica sobre el Derecho de las Mujeres a una Vida Libre de Violencia*; el punto N° 6 indica que existen violaciones de derechos e incumplimientos de dicha Ley, que obstaculizan el acceso a la justicia de las mujeres venezolanas, quedando vulnerables en su integridad física y emocional y a riesgo de continuar siendo víctimas de violencia en cualquiera de sus formas.

Muestra de lo anterior es la escasa aplicación de las medidas de protección y seguridad al momento en que la denuncia es colocada; esto debido a la falta de capacitación de las y los funcionarios de los órganos receptores de denuncia, por la existencia de prejuicios culturales hacia las mujeres que colocan la denuncia o por falta de recursos necesarios para imponer estas medidas.

Así mismo, el punto N° 8, sostiene que existe impunidad en el 96% de los casos presentados ante el Ministerio Público, ya que de 58.421 tramitados en 2008 sólo 2.165 fueron acusados ante los tribunales con competencia. Hay un gran retardo de los tiempos procesales, tanto en la investigación como en los trámites administrativos correspondientes, que superan los 4 meses establecidos en la Ley que, asociado a la práctica frecuente de omitir la solicitud de prórroga que establece la Ley, determina el sobreseimiento de la causa en este gran porcentaje de casos.

Con respecto al Femicidio¹, el punto N° 9 del informe, identifica un incremento del femicidio en Venezuela, que constituye la máxima expresión de violencia contra las mujeres y que para el año 2009, según datos de la ONG Comité de Familiares de las Víctimas (COFAVIC), el femicidio pasó de 1,5 a 2,5 puntos porcentuales; lo que equivale casi al doble del incremento de la cifra.

Nueva data suministrada por COFAVIC, correspondiente al año 2009, alude al aumento y variedad en la violencia que se ejerce contra las mujeres como práctica legitimada culturalmente; puede decirse que, en Venezuela, durante los tres primeros meses del 2008, murieron 37 mujeres y menos de la mitad fueron crímenes a manos de sus parejas.

Sobre datos cuanti-cualitativos sobre la violencia contra las mujeres, el “Informe Sombra CEDAW 2009”², cuyo tema es la violencia contra las mujeres; manifiesta que éstos no están a la vista; inclusive en algunos estados, como por ejemplo Lara, está prohibida de manera expresa su divulgación. Los intentos de conseguirlos a través de entes centrales como el Instituto Nacional de la Mujer

¹ El 16 de noviembre de 2009, la Corte Interamericana de Derechos Humanos pronunció una sentencia considerada ejemplar sobre el asesinato en 2001 de varias jóvenes mexicanas de Ciudad Juárez. En esta sentencia, el alto tribunal define el feminicidio o femicidio, como “homicidio de mujer por razones de género”. La condena no se limita a los cinco casos denunciados sino que incluye una serie de deberes impuestos al Estado mexicano para investigar e impedir los feminicidios en su territorio. El feminicidio o femicidio pretende, dentro de la esfera de la violencia contra la mujer, ir más allá del concepto tradicional de las acciones violentas contra las mujeres, para englobar otras conductas que habitualmente no son tenidas en cuenta y que deriven en un aumento de la mortalidad femenina. El femicidio, parte del bagaje teórico feminista, procede tanto de las autoras Diana Russell y Jill Radford en su obra *"Femicide. The politics of woman killing"*, como de la autora Mary Anne Warren en 1985 en su libro *"Gendercide: The Implications of Sex Selection"*. Ambos conceptos fueron castellanizados por la política feminista mexicana Marcela Lagarde como "feminicidio o femicidio", siendo adoptado este término, tras un largo debate, frente al término "genericidio".[En línea] Disponible en: <http://es.wikipedia.org/wiki/Feminicidio>

² Fundación para la Prevención de la Violencia Doméstica hacia la Mujer (Fundamujer). *Informe Sombra Cedaw*. (2009). [En línea] Disponible en: http://www.fundamujer.org.ve/index.php?option=com_rokdownloads&view=folder&Itemid=40

(INAMUJER), el CICPC en su División especializada, el Ministerio Público e inclusive la Unidad de Atención a la Víctima de Chacao, nos remiten a instancias superiores, dando la impresión de que suministrar estos datos conforma algún peligro, amenaza o crítica.

Sólo las ONG están dispuestas a ofrecer los suyos aunque no todas los tienen debidamente sistematizados por falta de recursos materiales y humanos. Estas instituciones también se encuentran anegadas de solicitudes de ayuda; en algunas las citas se dan para dentro de meses.

Esto ocasiona que las instancias que pudieran favorecer a estas mujeres o no lo hacen u ocultan los informes de seguimiento e impacto a las mismas, eliminando herramientas para avanzar al respecto o para dar la mejor información a las víctimas. Tampoco se conocen datos precisos que demuestren el índice de casos sentenciados y de agresores enjuiciados; así como de su seguimiento y resultados; más allá de los reportados en prensa.

Las actividades de sensibilización y capacitación a funcionarios/as públicos/as de diversa índole, fueron reiniciadas y ajustadas al nuevo marco legal con la entrada en vigencia en el año 2007 de la LODMVLV. Se conoce que estas iniciativas han estado dirigidas a tres grupos fundamentales:

- 1- Funcionarios/as de los órganos receptores de denuncia: fiscalías, policías, jefaturas civiles, etc.
- 2- Funcionarios/as de los nuevos Tribunales especiales con competencia en Violencia contra la Mujer.
- 3- Equipos de salud: médicas/os, enfermeras/os; particularmente en lo referente a la violencia obstétrica.

No se cuenta con información sobre actividades de capacitación a otros grupos. No se conoce tampoco el número total de actividades de capacitación ni de funcionarios/as capacitados/as.

Datos suministrados por la Asociación Venezolana para una Educación Sexual Alternativa (AVESA)³, indican que las mujeres se quejan diariamente de la falta de sensibilidad de los/as funcionarios/as que las atienden. Además, se siguen realizando actos conciliatorios o tratando casos que no son de violencia de género (trifulcas familiares porque son todas mujeres, por ejemplo). Esto da cuenta del desconocimiento que se tiene sobre lo que realmente es la violencia de género.

Alba Carosio (2010), coordinadora de investigación del Centro de Estudios de la Mujer de la Universidad Central de Venezuela, manifiesta que no sólo es necesario que las mujeres conozcan sus derechos y acudan a denunciar, sino que es indispensable que esas denuncias se encuentren con funcionarias y funcionarios administradores de justicia con sensibilidad y suficiente formación ética, práctica, poseedoras y poseedores de conocimientos sólidos, fertilizados con la reflexión profunda y el estudio consecuente de la perspectiva de género y su concreción en actitudes, habilidades y destrezas que hagan posible la justicia con equidad.

La LODMVLV establece que todos los entes públicos y privados deben desarrollar políticas públicas en prevención y atención a la violencia contra las mujeres, pero el *Informe Examen Periódico Universal sobre Violencia contra las*

³ Asociación Venezolana para una Educación Sexual Alternativa (AVESA). (2009). *Informe de monitoreo y evaluación del componente de Sensibilización y Capacitación a Funcionarios y Funcionarias del sistema de justicia del Área Metropolitana de Caracas para la correcta implementación de la Ley Orgánica sobre el Derecho de las Mujeres a una Vida Libre de Violencia del Proyecto Construyendo Capacidades para la Implementación de la Ley Orgánica sobre el Derecho de las Mujeres a una Vida libre de Violencia en Venezuela ejecutado gracias al financiamiento de UNIFEM-Ra*. [En línea] Disponible en: http://www.fundamujer.org.ve/index.php?option=com_rokdownloads&view=folder&Itemid=40

Mujeres del OVDHM (2011), indica que en Venezuela no se da cumplimiento a este mandato.

Como se señala también en este informe, específicamente en el apartado referido a políticas públicas e institucionalidad; uno de los motivos por los que no se cuenta con datos precisos sobre la prevalencia e incidencia de la violencia contra las mujeres en nuestro país, se debe a que el Instituto Nacional de Estadística (INE), encargado conjuntamente con INAMUJER de la recolección y sistematización de datos en la materia, sólo ha desarrollado el formato de “Registro de denuncias en violencia contra la mujer”, habiéndose realizado dos pruebas piloto en los años 2007 y 2009, pero no se ha implementado aún la versión definitiva a nivel nacional.

Una adecuada conceptualización de la violencia contra las mujeres se ha demostrado imprescindible, tanto para el logro de políticas efectivas de prevención como para la justicia y reparación a las víctimas. Sin embargo, el hecho de no llegar a las metas esperadas, teniendo en cuenta la importancia y la urgencia al respecto, alejan la posibilidad de influir en planes y programas públicos de atención, prevención o de salud, si los hubiese, o permitir su creación.

Gimeno y Barrientos (2009), indican que al delimitar lo que es y lo que no es “violencia de género”, lo que se hace es subrayar la centralidad que tiene el género como principio organizador y normativizador de los sistemas sociales, en este caso de la familia heterosexual donde se ponen en juego construcciones como maternidad/paternidad, feminidad/masculinidad, división sexual del trabajo etc. Cuando se pretende que cualquier violencia doméstica es violencia de género lo que se hace, en unos casos de manera consciente y en otros inconsciente, es difuminar la definición del concepto de “Violencia de Género” para de esa manera hacerlo inefectivo.

Por su parte, Gutiérrez (2009), comenta que entre las prácticas inadecuadas de funcionarios de los ministerios públicos, cuando reciben quejas de delitos contra las mujeres por violencia familiar, se encuentran los regaños, hacerlas sentir culpables de la agresión sufrida y muchas veces atenuar los delitos por empatía de género con el agresor.

De esta manera, casi ninguna queja de una mujer que presenta varios golpes y tiene huellas de violencia en el cuello o en la cabeza, no obstante la gravedad de las lesiones, es consignada por homicidio en grado de tentativa o agresiones agravadas por el parentesco. Si la mujer tiene suerte, su agresor será consignado por lesiones simples y puesto en libertad después de unos días.

Las consecuencias de este maltrato, por parte de quienes deberían brindar medidas provisionales para frenar la violencia, es múltiple y variada para las sobrevivientes de violencia; desde pasar por la inhabilidad aprendida (pensar que hagan lo que hagan no cambiará la situación de violencia en la que viven), hasta el homicidio del generador, en este caso su pareja o ex pareja, o bien, el suicidio de la víctima.

Es importante entender que entre el miedo a la muerte violenta, las lágrimas de duelo y el temor a la represión que, generalmente es excesiva o brutal, por actuar cívicamente; es casi imposible ejercer los derechos ciudadanos. No existen las condiciones mínimas que garanticen la práctica ciudadana para las mujeres venezolanas que, en su mayoría solas, tienen que enfrentar esta realidad cotidiana.

Para que una mujer pueda terminar con su condición de violencia dependerá de que haya disponibilidad, acceso y calidad de los servicios, así como las actitudes de los prestatarios de los servicios y el grado de integración y coordinación de éstos. Sin dejar de lado, por supuesto, las redes de apoyo con las que cuenta la mujer.

La crónica periodística

La crónica es un género altamente latinoamericano, debido a que América fue escrita a partir de los cronistas de Indias que, para tratar de transmitir esas experiencias, adaptaron lo que conocían a lo que estaban descubriendo (Caparrós, 2009). Sin embargo, no hizo falta mucho tiempo para que la crónica sobrepasara los escuetos límites históricos a los que se circunscribía. Si bien el género guardaba una íntima relación con la historia, los aportes que obtuvo de la literatura hicieron posible que agrandase su campo semántico (Gil, 2008).

Con el aporte de los escritores modernistas a finales del siglo XIX como Rubén Darío, José Martí y Manuel Díaz Rodríguez, la crónica terminó de “latinoamericanizarse” y, a la vez, alcanzó su mayor posibilidad de expresión formal: era periodismo sin dejar de ser literatura (Yagüe Jarque, inédito).

Al ser adoptada por el periodismo, éste la adaptó a las rutinas y condiciones informativas de las sociedades actuales, en las que el periodismo exige a la crónica varios elementos; entre ellos, una comunicación periódica por esencia, es decir, voluntad de compartir y poner en comunidad un mensaje, independientemente de los diversos canales por los que se ofrezca. Información por necesidad es otro de esos elementos, que se refiere a lo que se pone en común, lo que nos forma en, lo que nos inicia en cualquier materia; también le exige orientación a los receptores, el deseo de darles los argumentos suficientes para que se enfrenten a la difícil tarea de comprender política y socialmente la realidad que les envuelve y finalmente, entretenimiento.

La idea de esta nueva forma de hacer periodismo es utilizar al lenguaje como herramienta esencial, dando forma a un relato eficaz, potenciado por todos los recursos que entrega la literatura. Así mismo, es necesario considerar que la belleza

no consiste en la acumulación de palabras bonitas, sino en la sucesión eficaz de palabras eficaces. A partir de ahí se abre un territorio en el cual parte de la información debe ser narrada y retener el interés del lector (Martínez en Zarzar, 2008).

Según Gil (2008), todo intento que pretenda encerrar la crónica en unos límites fijos, no sólo sería un error sino también un ataque a su polivalente esencia. Uno de sus rasgos definitorios es la versatilidad que muestra para adaptarse a las diferentes formas de contar un hecho, bien sea histórico, literario o periodístico.

En el ensayo *El cuento como pasado activo*, el autor Mario Lancelotti, identifica “el suceso” como el elemento más importante de la crónica, su personaje principal; por lo que dependerá de la habilidad del escritor, reconstruirlo de la manera más fiel posible (Lancelotti en Pacheco y Barrera Linares, 1997). No necesariamente el hecho o suceso de la crónica, provendrá de la realidad inmediata pero estará relacionado con un interés humano, debido a que la crónica permite sumergirse en la realidad y el alma de la gente. Y si bien el suceso es importante, las cifras más contundentes pueden ser insignificantes sin un rostro que las haga humanas (Salcedo Ramos, 2005).

Es posible aceptar como válida la tesis garciamarquiana de que “la crónica es un cuento que es verdad”, pero esta afirmación aparentemente sencilla esconde al menos dos complejidades: qué tipo de texto es la crónica y cuál es su relación con la verdad. Con respecto a la primera, para poder ubicar un texto como crónica es necesario que en él predomine la estructura narrativa, como en el cuento, como en la novela. Si bien es cierto la crónica admite la marca subjetiva de quien la escribe, y esta huella se puede expresar en opiniones, consideraciones, comentarios, juicios de valor u otras expresiones pertenecientes al orden argumentativo del discurso, éstas

sólo se deben considerar como digresiones al discurso narrativo que es el predominante en la crónica (Yagüe Jarque, inédito).

Así mismo, el autor agrega que esa marca subjetiva, que es como la huella dactilar de cada escritor, incluye un amplio menú de opciones: desde la escogencia del tema a ser abordado (que muchas veces no lo buscamos sino que él nos encuentra), hasta las estrategias de escritura para contarlos “a mi manera”: manejo del tiempo, punto de vista del narrador, clase de diálogos, tipo de lenguaje, etcétera, decisiones todas encaminadas al objetivo de “contar una historia desde adentro”, trazar una cartografía de piel expuesta, de ahí que el interés humano sea su principal objetivo a reflejar.

Ni informativa ni opinativa, la crónica es básicamente narrativa, aunque contenga información y opiniones, de ahí la confusión de quienes afirman que es un género “híbrido”. En todo caso, su intencionalidad es mostrar, sin evaluar. Y la referencia a esa dama esquiva que llamamos “la verdad” debemos matizarla con la consideración de que es una representación de la realidad que se construye a partir de las percepciones, las cuales pueden ser imperfectas, y de su expresión, que está mediada por la ideología de cada quien. Y, por supuesto, entra en la esfera ética de quien escribe, el cual debe apegarse a situaciones realmente acaecidas y a personajes reales, de lo contrario, el texto entraría en la categoría de la ficción. Entonces sí que le podríamos colgar la etiqueta de cuento o novela, dependiendo de su extensión (Yagüe Jarque, inédito).

Herrera (1991), coincide en que la crónica parte de la realidad. Y agrega que la realidad no sólo la conforman los “hechos brutos” y tangibles; no es solamente “el hombre y sus circunstancias”, sino también es indivisiblemente su psiquis, estados de ánimo, carácter, temperamento, debilidad, vicios, virtudes, miserias y grandezas. Como género periodístico, la crónica no es una simple narración cronológica, ni

tampoco la pura versión informativa de un hecho. Si bien contiene ambas cosas, también posee otras características como ambientación, fuerza expresiva, cierta atmósfera que puede evocar o sugerir algún estado de ánimo y un tono poético o irónico. Estos elementos, no estarán necesariamente presentes todos a la vez.

Caparrós (2009), indica que la forma escrita de contar una historia es la que deja más en claro que uno está mirando a través de los ojos de otro. Esto, más que un punto en contra, puede ser una ventaja sobre la que se debe trabajar, debido a que hay una mirada que cuenta y una capacidad de sugerencia de la palabra que la imagen no tiene.

Destaca que la crónica se ocupa de lo que no nos enseñaron a considerar noticia. Sin embargo, es necesario tomar en cuenta que a veces es más importante, más noticioso, más informativo para mucha gente, enterarse de lo que pasa con unas personas en una plaza cualquiera que leer las declaraciones de un ministro, debido a que esto puede hablar más sobre la vida de un país y sus circunstancias.

En relación a la proximidad que pueda sentir el lector con el hecho noticioso, Martínez (2006), comenta:

Cuando leemos que hubo cien mil víctimas en un maremoto de Bangladesh, el dato nos asombra pero no nos conmueve. Si leyéramos, en cambio, la tragedia de una mujer que ha quedado sola en el mundo después del maremoto y siguiéramos paso a paso la historia de sus pérdidas, sabríamos todo lo que hay que saber sobre ese maremoto y todo lo que hay que saber sobre el azar y sobre las desgracias involuntarias y repentinas. Hegel primero y después Borges escribieron que la suerte de un hombre resume, en ciertos momentos esenciales, la suerte de todos los hombres. Esa es la gran lección que están aprendiendo los periódicos en este fin de siglo. (p. 233).

Por lo tanto, la crónica es una forma de pararse ante esa estructura de la información que habla de unos pocos y decir que vale la pena contar lo que le pasa a todos los demás porque la crónica intenta contar lo que le pasa a la gente más parecida a aquellos que leerían esa noticia.

Así mismo, Rotker (2005), señala que la crónica se concentra en detalles menores de la vida cotidiana. Si bien la crónica no inventa los hechos que relata, su manera de reproducir la realidad es otra. Lo que no significa que su subjetividad traicione la referencia real, sino que se le acerca de otro modo, para redescubrirlo en su esencia y no en la gastada confianza de su exterioridad.

Por otra parte, Herrera (1997), resalta que entre los géneros de opinión, la crónica es el que mejor recoge y expresa lo que lleva cada autor en su fuero interno, llámese psique o alma. Así mismo, indica que mediante la crónica se cuenta la vida, se da una visión del mundo y sus cosas, se comunican impresiones, se narran hechos y anécdotas y se busca compartir experiencias con el lector.

Gil (2008), rescata que uno de los aspectos que diferencia a la crónica de los otros géneros periodísticos, es el marcado protagonismo que adquiere el cronista en la ordenación de los *tempos* del acontecimiento del que se da cuenta, la especificidad del tema tratado, la riqueza léxica que la atraviesa, además de la mezcolanza de las técnicas periodísticas (claridad expositiva, rapidez, viveza) con las literarias (personajes, diálogos, recreación de anécdotas, monólogos).

Agrega que en la crónica, el autor es un testigo privilegiado de los hechos que, con independencia de los fines ideológicos que defienda, es el encargado de estructurar los sucesos según dictamina su creatividad y ética periodística. Además, sobre él recae la crucial labor de seleccionar los hechos, interpretarlos y acomodarlos a sus receptores.

Además, Gil (2008), sugiere que el mérito del periodista como escritor y como conocedor de la materia que se trata, se perfecciona con la presencia *in situ* en los hechos como testigo privilegiado. Podrá manejar las fuentes que estime oportunas, pero lo primordial es que el narrador se codea con los hechos, los manosea, los interroga directamente sin intermediarios, los coteja con su cosmovisión personal del mundo y, posteriormente, cuando ha madurado la idea, la transforma en mensaje y lo difunde.

También indica que el cronista ve, oye, fragmenta, toma contacto con los hechos, los mezcla con su sapiencia y experiencia, a veces participa en ellos y otras se mantiene en la orilla, se acerca a las fuentes, las interroga, armoniza los datos y cuando ha reunido todo ese material informativo, interpreta, escribe y publica.

Según Gil (2008), la crónica es la síntesis y mixtura de todos los géneros periodísticos. A pesar de esta aparente mezcolanza de géneros, todas las crónicas, cualquiera que sea su tema (tribunales, política, deportiva, taurina) deben entenderse como unidad, como una totalidad compacta, superior a la simple suma de los juicios vertidos en ella. Texto completo, autosuficiente y en el que se dejan los intersticios necesarios para que el receptor la complete, porque precisamente de la unión entre autor y lector brota la fuerza expresiva de este género periodístico.

Por lo tanto, la crónica reconstruye la realidad, trozo a trozo, fragmento a fragmento, ordenando y desordenando el *tempo* de los acontecimientos, erigiéndose en testimonio directo de una historia. Es el autor el que va añadiendo los matices a la estructura general y a los convencionalismos propios del género.

Hoyos (2003), sostiene que la narración escena por escena hace que la voz del narrador parezca esfumarse para dar cabida en el relato únicamente a los

acontecimientos. Es por esto que el lector puede sentir como si los hechos ocurrieran frente a él, sin ningún intermediario.

Es así como el tono de la crónica remite a la primera persona, aunque no se estuviera diciendo “yo”, de alguna manera incluye la experiencia y la mirada del autor. Aún en tercera persona, la crónica evoca una experiencia personal. Sin embargo, no se debe olvidar que el autor no es lo importante, sino la historia que se cuenta.

Es importante destacar lo que indica el autor Yagüe Jarque (inédito), respecto a los elementos que toda crónica debe tener:

- **Interés humano:** básico en toda crónica y que muchas veces es soslayado por los medios de comunicación. La idea es ir más allá de la noticia. Desde este punto de vista, los perdedores, los anónimos, los marginales, los de abajo, todos son noticia.

- **Citar estadísticas pero ir más allá de las cifras:** no nos interesan los miles de muertos anuales, sino la historia de uno en particular. De esta manera evitamos caer en el ensayo sociológico.

- **Estructura narrativa:** en la crónica se cuenta una historia. Todo lo demás son herramientas: entrevistas, trabajo de campo, uso de documentos (citas textuales), poesía, opiniones, etc. Esta estructura está determinada por el tiempo: lo que dura una partida, lo que dura una visita, lo que dura una canción, lo que dura una caída desde un puente. Recuerden que en literatura (y la crónica lo es), el tiempo es elástico: pueden estirarlo, encogerlo, revertirlo, suspenderlo, abolirlo, presentar planos sincrónicos y hasta simultáneos.

- **Un tratamiento original del tema:** buscar el enfoque novedoso, lo que menos haya sido tocado, darle la vuelta al asunto.

- **Libertad formal:** Se puede escribir usando un manejo novedoso del tiempo, estableciendo rupturas espacio-temporales, alterando la línea cronológica, metiendo voces diversas (polifonía), recursos cinematográficos tales como flashbacks, empezar por el final (respondiendo la pregunta: cómo llegamos a esto, por ejemplo los paramédicos rescatando a un suicida de las líneas del metro), la humanización de la naturaleza, etc.

- **Creatividad en el manejo del lenguaje:** buscar el giro adecuado, evitar repeticiones de palabras (riqueza lexical).

- **Respeto al habla de los personajes:** si manejan diálogos deben seleccionar los fragmentos del habla más representativos y no intentar "corregir" la expresión oral de las personas. Todo es significativo, las incorrecciones, las groserías, incluso las pausas, dudas y silencios pueden ser muy expresivos.

- **Sobre la relación realidad-ficción:** escribir crónica es caminar sobre un filo de navaja, de un lado está la realidad "real", del otro esta la ficción. Como la crónica es "un cuento que es verdad" (García Márquez), no podemos inventar los hechos que relatamos ni los personajes que reflejamos porque entonces sería cuento. Podemos usar algunos pequeños artificios siempre y cuando no alteren el cuadro global ni tergiversen irremediabilmente la realidad que queremos reflejar. Esto se puede evitar no poniendo en boca de los personajes palabras que no dijeron. A esa tentación no podemos sucumbir de ninguna manera si queremos llamarnos periodistas.

- **Poner nuestras huellas digitales:** escribir crónica es aceptar que nuestra subjetividad está en juego, podemos incluírnos dentro de la crónica. Escribir en

primera persona, incluso opinar, siempre y cuando la opinión no sofoque la narración. Cuando escribimos estamos produciendo (o reproduciendo) ideología y es bueno saberlo y aceptarlo. La crónica permite darse cuenta que detrás del texto hay un ser humano que de pronto se emociona con el tema o el personaje que está tratando. De todas maneras es bueno evitar caer en la cursilería o el dramatismo innecesario.

Basado en todo lo descrito anteriormente, *“Esta noche me hago la dormida” Crónicas de mujeres víctimas de violencia en Venezuela*, se presenta como un espacio construido a partir de testimonios voluntarios de mujeres venezolanas víctimas de violencia que crean un precedente y sacan a la luz historias de vida que no habían sido contadas y que pretenden mostrar la realidad de este fenómeno social.

La entrevista será la herramienta utilizada para tener acceso a las historias de vida de las víctimas y obtener sus testimonios. Es importante resaltar que la entrevista es una estrategia para hacer que la gente hable de lo que sabe, piensa y cree. Una situación en la cual el investigador obtiene información sobre algo, haciendo preguntas a otra persona. Por lo general, esa información se refiere a la biografía, al sentido de los hechos, a sentimientos, opiniones y emociones, a las normas o standards de acción, y a los valores o conductas ideales (Gruber, 2001). Sin embargo, es necesario recordar que “El trabajo del cronista no consiste en entrevistar, sino en convivir” (Salcedo Ramos en Garza Lau, 2012).

La crónica ofrece la oportunidad de mostrar situaciones y vivencias, mediante una estructura narrativa que además, combina textos de otras clases, permitiendo alcanzar un producto textual en el que se logra un interesante contraste entre lo que plantea la Ley, la actitud de los funcionarios encargados de recibir y procesar las denuncias y lo que dicen las víctimas. La crónica permite a su vez, la compenetración del lector con el material, combinando diversos géneros periodísticos y admitiendo elementos subjetivos.

“Esta noche me hago la dormida”

Crónicas de mujeres víctimas de violencia en Venezuela

Se advierte que los testimonios presentados a continuación, son reales. Sin embargo, los nombres han sido cambiados para proteger a las víctimas y porque existen procesos judiciales en curso. Además, los agresores suelen reincidir.

Jenny vive encerrada desde hace 20 años

“Si pudiera ser libre alguna vez, me gustaría bailar”

Ella sabía que su pareja era capaz de matarla, pero decidió quedarse a su lado para mantener a salvo a su familia y a sus hijos.

Jenny Hurtado, asegura que su vida se divide en dos etapas: Antes y después del disparo que recibió su pareja en el brazo izquierdo. Las diferencias entre una etapa y otra, radican en la frecuencia e intensidad con que es agredida, la cantidad de droga que vende su pareja y que en la segunda etapa de su vida, dice que ya no siente nada, ni siquiera miedo.

Reinaldo y Jenny se hicieron novios cuando ambos tenían 14 años. Vivían en el mismo edificio, en una zona popular al oeste de Caracas. Se gustaron desde niños, pero no interactuaban a menudo porque los padres de él no le permitían salir. Luego de que él cumplió los 14, ya era demasiado rebelde como para que sus padres pudieran retenerlo, así que salía cuando quería y, una vez a sus anchas, Reinaldo decidió que su grupo de amigos estaría conformado por los chicos de peor reputación de la zona. Al poco tiempo, comenzó a apostar en las carreras de caballos y se volvió un adicto al juego.

Cuando era niña, Jenny solía desmayarse con frecuencia y dice que se debía a una “irritación cerebral”, por lo que le recetaron Tegretol; medicamento con el que, cerca de los 12 años, trataría de suicidarse por primera vez, debido a una fuerte depresión a causa de la separación de sus padres.

La madre de Jenny no llevó bien el proceso de separación y una vez trató de suicidarse tomando un puñado de pastillas. Siguiendo los pasos de su madre y con la intención de lograr que su padre decidiera quedarse con la familia, Jenny se tomó casi un frasco entero de Tegretol. Cuando él fue a levantarla porque no se había despertado para ir al colegio, Jenny recuerda que, cuando pudo reaccionar, sintió que todo dio vueltas a su alrededor y cayó de largo al piso, desmayada.

A pesar de los acontecimientos, la separación de los padres de Jenny fue inminente y ella se quedó con su madre y sus tres hermanos —todos mayores que ella. Para ese momento, Reinaldo —alto, piel blanca y ojos inquietos color miel— ya se había hecho de una muy mala reputación en la zona y la familia de Jenny, le reprendió al enterarse de que tenía una relación con él.

Él ganaba mucho dinero con las apuestas en las carreras de caballos, así que a los 15 años pudo comprarse su primera pistola. Poco tiempo después, su pandilla comenzó a tener problemas con otra pandilla de un sector cercano y los tiroteos estaban a la orden del día y de la noche.

Reinaldo recibió su primer disparo a los 15 años, en uno de esos tiroteos y sus padres, con la esperanza de sacarlo de problemas, decidieron mudarse a otra zona de la ciudad, al noreste de Caracas. Sin embargo, él se recuperó pronto e iba todos los días a la zona donde vivía antes, para ver a Jenny, estar con su pandilla, apostar a los caballos, consumir alcohol y drogas —lo hace desde los 14 años—, y vender drogas.

La familia de Jenny trataba por las buenas y malas, de persuadirla para que se separara de Reinaldo, pero a ella no le parecía que estuviera mal lo que él hacía. Una de las cosas que hacían para evitar que se encontrara con él, era dejarla encerrada

para que no saliera y en una oportunidad que logró escaparse, su hermano la atrapó y le pegó tan fuerte, que casi le saca los dientes.

Agua helada

Jenny es de mediana estatura, piel blanca, cabello teñido de rubio, ojos grandes y verdes y un hematoma entre violeta y verde que ocupa todo el contorno de su ojo derecho y parte de la mejilla. Asegura que nunca le gustaron los hombres pasivos y aunque está consciente de que para entonces, Reinaldo ya era peligroso, cree que en ese momento era demasiado inmadura como para entender la gravedad de la situación. “Yo estaba como alumbrada por él”.

Ella se acostumbró a hablar bajo por teléfono cuando Reinaldo estaba cerca o si sabía que subiría pronto. Cuando él sale, acostumbra llamar seguido a la casa y si el teléfono está ocupado, descarga su ira con Jenny: “¿Con quién coño estabas hablando? Cuelga esa mierda.” Teníamos poco tiempo, antes de que Reinaldo volviera a subir y a las 3 de la mañana, Jenny observaba por un pequeño espacio, a través de la ventana de la cocina y colgaba la llamada cada vez que él se acercaba por el pasillo hacia el apartamento: “Ahí viene, te escribo para que me vuelvas a llamar.”

Reinaldo y Jenny tuvieron su primera relación sexual a los 15 años. Entonces no era agresivo con ella, pero ya le había dejado claro que ella era de su propiedad. Su concepto de las mujeres —objetos para utilizar y botar, putas, cabronas— fue nutrido por una madre agresiva que le perseguía por el apartamento para pegarle —con lo que tuviera a la mano—, hasta que lograba sacarlo a rastras de debajo de la cama donde se escondía, para darle patadas, mientras le gritaba las peores obscenidades. Los motivos de las golpizas, que recibió desde muy pequeño, iban

desde quebrar un adorno de la sala, no comerse la cena, hasta raspar una materia en el liceo.

La mudanza no tuvo el resultado esperado por los padres de Reinaldo y, lejos de mejorar la situación, lo peor estaba por comenzar. Dejó de estudiar definitivamente, mientras cursaba el tercer año de la secundaria y Jenny lo secundó, inscribiéndose posteriormente en un parasistema, al que no asistía, pues se quedaba el mayor tiempo posible en la casa de Reinaldo. Él no iba a clases y para ella no tenía ningún sentido asistir, si él no estaba. Ninguno de los dos, retomó alguna vez los estudios.

Cuando estaban juntos, Reinaldo era menos agresivo con sus padres y su hermana mayor porque permanecía encerrado en el cuarto con Jenny, a quien ya había presentado como su novia en su casa. El tiempo que pasaba Jenny en la casa de Reinaldo, aumentó progresivamente, en la medida en que los padres de él y su hermana, la utilizaban para calmar a Reinaldo, como se utiliza la música para tranquilizar a las bestias.

Como no trabajaba, Reinaldo pedía constantemente dinero a sus padres —ambos profesionales y con una situación económica privilegiada— para apostar en las carreras de caballos y si no se lo daban, comenzaba a gritar, a lanzar cosas por el balcón —viven en un pent house de unos 200 m²—, romper ventanas o propinarle golpizas a su hermana, para forzar a sus padres a que les diera el dinero. Ellos siempre terminaban por ceder y darle lo que pidiera.

Para dar fin a los problemas que su relación con Reinaldo causaba con su familia, Jenny, que para entonces tenía 17 años, decidió fugarse e irse a vivir a la casa de Reinaldo. La madre de él, le insistía que Jenny debía volver con su familia, pero

éste se ponía demasiado agresivo y decía que ella se quedaría a vivir allí con él —y así fue.

La madre de Jenny no volvió a llamarla o a buscarla, durante unos seis meses: “Si te vas a quedar allá y no quieres estudiar, entonces jódete”. Al día siguiente de haberse mudado, el papá de Reinaldo los llevó a un resort que ya él había pedido que le alquilaran por una semana en Higuerote, y los dejó allá.

Para mala suerte de Jenny, a Reinaldo le dio varicela el segundo día que llegaron y el malestar que tenía, lo puso de mal humor. Esa fue la primera vez que la agredió físicamente. Estaban en la playa y la hermana de él, le había prestado ropa a Jenny porque se fue de su casa sin nada. Ella se puso un short ajustado y una franela corta. Debajo llevaba el traje de baño. Lo alcanzó en la playa porque él se había adelantado. Cuando la vio, le dijo: “Quítate esa vaina que pareces una puta” y de un tirón, le arrancó la franela. Jenny estaba demasiado sorprendida con su reacción y no hizo nada por responderle. Todavía no se explica por qué no se defendió, pero cuando lo ha pensado, cree que tal vez la ropa sí era muy pequeña. Regresaron a Caracas antes de lo previsto, debido a la varicela.

Apenas pasado un mes de vivir con Reinaldo, Jenny quedó embarazada. Estaba muy asustada y en ese momento, tenerlo no era una opción. Así que lo conversó con Reinaldo y acordaron que lo abortaría. Consiguieron las pastillas Cytotec —medicamento para el tratamiento de úlceras gástrica, que debido a su composición (Misoprostol), resulta abortivo en mujeres embarazadas— y Jenny se tomó cerca de veinte en una semana, debido a que el aborto no ocurría.

Resultó que, aparte de tomarse varias, debía introducir otras tantas en su vagina para provocar el aborto. En Venezuela el aborto es ilegal —salvo en algunas

excepciones que establece el Código Penal. Sin embargo, existen varias páginas web, como por ejemplo: <http://cytotecvenezuela.weebly.com/>, que no sólo comercializan las pastillas Cytotec, hasta 120 bolívares la unidad, sino que explican cómo utilizarlas con fines abortivos.

En vista de que no pudo efectuarse el aborto, Jenny decidió tener el bebé porque ya se había entusiasmado con la idea, así que le contó a su familia y a los padres de Reinaldo que estaba embarazada. Esta decisión molestó mucho a Reinaldo, quien dijo no estar preparado para tener un hijo y no la apoyó durante el embarazo, de hecho intensificó su agresividad.

No la acompañó a ninguno de los controles con el médico. La acompañaba la madre de Reinaldo o ella iba sola, como de hecho se sentía. Fue un embarazo triste porque quería que Reinaldo compartiera con ella la ilusión de ese primer hijo, pero no lo consiguió. “Durante el embarazo no me pegó, pero igual siempre me hablaba con groserías y me insultaba, pero eso era lo normal con él.” Los padres de Reinaldo se hicieron cargo de todos los gastos cuando nació el bebé porque de las carreras de caballos, no salió un bolívar para su hijo.

Jenny se había reconciliado con su familia, cerca del octavo mes de embarazo. Eso la hizo sentir menos sola de lo que se sentía porque, por lo menos, contaba con el afecto de sus padres y sus hermanos. Sin embargo, la mañana que dio a luz a su hijo, Reinaldo no asistió al hospital sino hasta las 2 de la tarde porque prefirió quedarse a dormir en la casa.

Cada vez era más frecuente y mayor la cantidad de dinero que Reinaldo le pedía a sus padres. Sin embargo, ya no necesitaba hacerlo directamente porque ahora obligaba a Jenny a que se los pidiera y si ella no conseguía el dinero, él la golpeaba

para hacer presión a sus padres, tal como hacía con su hermana que, en la primera oportunidad que tuvo, se mudó, huyendo de aquel infierno.

En una ocasión, Jenny tenía a su hijo de unos dos meses en brazos y Reinaldo la había mandado a pedir dinero a sus padres, quienes no tenían en ese momento y se negaron. Ahora negarse les resultaba más fácil porque no era a ellos a quienes agredía Reinaldo cuando no conseguía lo que quería. Jenny respiró profundo y apretó a su bebé contra su pecho, antes de comunicarle a Reinaldo la respuesta de sus padres. Él la tomó de los cabellos, sin importar que tuviera al bebé cargado, la insultó y le pegó tan fuerte con el puño, que ella sentía retumbar sus pulmones.

En ese momento Reinaldo, que no había abandonado su negocio al oeste de la ciudad, se había convertido, no sólo en un peligroso delincuente, sino en uno de los 2 mayores distribuidores de drogas de esa zona de la ciudad. Su consumo de drogas, alcohol y su nivel de agresividad, estaban en la cúspide.

No sólo era violento, sino que le era infiel a Jenny descaradamente. Ella podía verlo desde el balcón con otras mujeres y si le reclamaba, la golpeaba y le propinaba las torturas más retorcidas. La sacaba de la cama mientras dormía, arrastrándola de los pies o de los cabellos y así la llevaba por todo el apartamento, insultándola y pateándola.

Reinaldo mostraba la peor parte de sí mismo y el terror que Jenny sentía, era tan grande como la sorpresa de descubrir ese lado suyo. Era todo un narcotraficante y estaba tan fichado por esa zona —tanto por la policía, como por otros delincuentes—, que cuando iban allí, ella debía llevar la pistola de él en la pañalera del niño.

La levantaba de madrugada, cargando su pistola automática cerca del oído de Jenny y luego poniéndosela en la cabeza. Ella siempre tenía el cuerpo lleno de moretones y cuando le pegaba en la cara, debía inventar excusas a sus padres para que no la visitaran. Los padres de Reinaldo, sólo intervenían si estaban presente cuando la golpeaba, pero si no, no le decían nada y tampoco a Jenny, cuando la veían toda moreteada. Le tenían demasiado miedo.

Una de las torturas favoritas de Reinaldo, era llenar un balde con agua helada y arrojársele encima a Jenny, mientras dormía. Cuando se despertaba, sin poder casi respirar, la amenazaba con pegarle o dispararle y no la dejaba pararse de la cama. Debía quedarse ahí, mojada, aterrada y congelándose, hasta que él quisiera.

Una vez hecha rutina las golpizas diarias, así como la impunidad de sus actos, Reinaldo no tuvo motivos para detenerse. Jenny estaba al borde de la locura. Caminaba por la casa como gato enjaulado, se encerraba en el baño a llorar, mordía las almohadas y emitía gritos mudos. Era tanta la desesperación, la culpa, la rabia, la impotencia que sentía, que a veces se auto flagelaba.

Reinaldo la llamaba de madrugada, ebrio, para decirle: “Prepárate maldita perra que ya voy para allá y te voy a escoñetar, ya vas a ver lo que te voy a hacer, maldita becerra”. La amenazaba con matar a su familia si trataba de escapar o si les contaba lo que él le hacía. Ya no podía ir a visitarlos, ni salir a ningún lugar porque era prisionera en esa torre. Los padres de Jenny sabían que algo no estaba bien, pero también le tenían miedo y ella no contaba del todo con su padre, después de que se separó de su mamá.

Cuando su hijo tenía unos 4 años, el papá de Reinaldo iba saliendo a trabajar como a las 6 de la mañana y al abrir la puerta, el Grupo BAE (Brigada de Acciones

Especiales) —unidad policial formada y entrenada para llevar a cabo misiones de antiterrorismo, reconocimiento, rescate de rehenes, detención de delincuentes peligrosos y acciones especiales— estaba allí para realizar un allanamiento porque sabían que Reinaldo era uno de los principales distribuidores de droga del oeste de la ciudad.

Su padre los dejó entrar y los funcionarios trataron a los miembros de la familia con respeto, mientras efectuaban la inspección. Sin embargo, no encontraron nada que pudiera incriminar a Reinaldo, debido a que él y su compañero en el negocio de la droga, habían sido advertidos un mes antes sobre el posible allanamiento.

Como no encontraron nada arriba, le pidieron bajar al estacionamiento para revisar los carros y en uno de ellos, Jenny asegura que le “sembraron” droga. Se lo llevaron detenido por averiguaciones y estuvo 15 días en una de las celdas del CICPC (Cuerpo de Investigaciones Científicas, Penales y Criminalísticas). Las angustias, llevaron a Jenny a pesar 49 kilos. Estaba hecha una piltrafa. Ella le llevaba la comida a las 12 del mediodía y luego debía volver a las 4 de la tarde a llevarle la cena. También aprovechaba de llevarle comida a su familia, que atravesaba una situación económica muy difícil.

Después de que los padres de Reinaldo compraran su libertad, pagando una enorme suma de dinero en sobornos, éste fue al tribunal, lo dejaron libre y limpiaron su expediente. Sin embargo, eso no lo persuadió de dejar el negocio de las drogas. Unos meses después, una nueva pandilla de la zona donde él era el principal distribuidor, empezó a tener problemas con su pandilla, debido a que los nuevos, pretendían dominar el negocio en la zona.

El episodio que marca el fin de la primera etapa de la vida de Jenny, comenzó un sábado a principios del 2000 cuando, de visita en la casa de su mamá, Reinaldo irrumpió en la casa de su suegra. Tenía un ojo morado y le pidió a Jenny que le entregara la pistola que le había dado a guardar en la pañalera.

Ocurrió que, mientras Reinaldo iba camino a encontrarse con miembros de su banda, se topó con miembros de la pandilla con la que tenían conflicto. Éstos le reconocieron y le propinaron una golpiza. Logró huir y fue a buscar su arma, con la que se disponía a matarlos.

Jenny, aterrada de que pudieran asesinarlo, no le quería entregar el arma y luego de que Reinaldo le diera algunos golpes, tuvo que ceder. Cuando Reinaldo llegó al sitio, a matar a sus agresores, éstos estaban acompañados de un policía y comenzó un fuerte tiroteo, en el que Reinaldo resultó herido en el brazo izquierdo, fracturándose. Contando esa, era la quinta vez que le disparaban en su vida —poco más de 20 años.

Comenzó de nuevo el proceso que incluía altos costos de hospitalización —que financiaban los padres de Reinaldo—, gastos en trámites efectuados por abogados que succionaban el dinero, tanto como los vampiros succionan sangre y gastos de sobornos para limpiar, ante la Ley, la culpa de Reinaldo. Si bien esta vez no fue detenido, tuvo que dejar el negocio de la droga en el oeste de la ciudad y no acercarse más a la zona, debido a que corría el riesgo de ser asesinado por la nueva pandilla que había tomado el lugar.

El papá del fútbol

Debido a complicaciones, la herida del brazo de Reinaldo tardó un poco en sanar. Una vez recuperado, no contaba con el alto ingreso que le proporcionaba el negocio de la droga, por lo que volvió a pedir dinero a sus padres, para apostar en los caballos y Jenny, seguía siendo la intermediaria en sus solicitudes. Estuvo cerca de un año sin vender drogas y había ganado una cantidad importante con las apuestas de caballos. En una oportunidad, le dio parte de las ganancias a Jenny, para que se las guardara en un lugar seguro.

A pesar de ganar en las apuestas, Reinaldo seguía pidiendo dinero a sus padres, que habían agotado gran parte de sus recursos, ya no contaban con ahorros suficientes y seguían pagando deudas ocasionadas por Reinaldo. Debido a esto, era más frecuente que le negaran a Jenny, el dinero que él le forzaba a solicitarles.

Para que no la golpeará, ella sacaba dinero del que él le había dado a guardar y le daba lo que él pedía de ahí mismo, sin que él supiera que era su propio dinero. Pensó que podría reponerlo e hizo lo mismo en muchas oportunidades. Cuando se percató, el faltante ascendía a casi 300.000 bolívares. Eso le había costado a Jenny, evitarse unos meses de golpizas.

La desesperación le dio el valor para hablar con el padre de Reinaldo, quien tuvo que pedir más préstamos y vender unas acciones, cuyas ganancias tenía reservadas para su retiro. La mamá de Reinaldo se había separado de su papá y se mudó de la casa, por lo que nunca más le dio dinero.

Como recientemente se había acercado más a su padre, Jenny decidió recurrir a él, para pedirle dinero prestado. Le decía mentiras, como que a Reinaldo le habían robado el carro y le estaban pidiendo rescate o que Reinaldo debía hacerle una

reparación grande al carro. Su papá le prestó todo el dinero que pudo, pero ella piensa que él sabía que eran mentiras y que pasaba algo más.

Más de una vez, Reinaldo le pidió a Jenny que le entregara parte del dinero guardado porque lo iba a invertir en algún negocio. Ella le mentía, diciéndole que su mamá —la de Reinaldo—, se lo había depositado a plazo fijo para que le ganara intereses. Como él y su mamá no se hablaban hace años, ella pensó que podría sostener la mentira. En esa época, Reinaldo no era tan violento porque no consumía drogas tan “duras” y su madre —elemento detonante de su ira— ya no vivía con ellos.

La única fuente de ingresos que tenía Jenny, era la venta de productos por catálogo que hacía a través de su madre porque ella no podía salir del apartamento. Reinaldo no le daba dinero en absoluto y, en muchas oportunidades, los ingresos de Jenny no le alcanzaban para comprar las pastillas anticonceptivas. Negarse a tener sexo no era una opción, a menos que estuviera dispuesta a recibir una golpiza.

Esta situación, provocó que en el transcurso de unos 13 años, Jenny se practicara, sin que Reinaldo lo supiera, alrededor de siete abortos con pastillas Cytotec. Las pudo comprar, tomando dinero del que Reinaldo le dio a guardar y porque una prima le consiguió varios récipes en blanco, sellados —porque creía que eran para otra persona.

En el 2009, Jenny quedó embarazada nuevamente. Su hijo mayor ya tenía 13 años, compartía con sus compañeros del liceo, jugaba al fútbol en un club porque desde niño le encantó y entonces Jenny pasaba más tiempo sola en la casa. Esa soledad la hizo entusiasmarse con la posible compañía de un bebé y decidió tenerlo. Se lo dijo a Reinaldo quien, inicialmente pareció entusiasmado, pero meses después,

cuando supo que era una niña, cambió de parecer y dijo: “Una maldita cabrona, eso es lo que va a ser.”

Jenny recuerda que un día sábado, estaba asomada al balcón a ver si veía a Reinaldo en la calle, como en una cruel ironía que asemejaba el cuento de la princesa encerrada en la torre que espera ver a su príncipe. Efectivamente Jenny lo vio, pero abrazando a una mujer. Cuando subió, ella le reclamó y él la ignoró. El lunes siguiente, la despertó a golpes, la tiró al suelo y le dio patadas en la barriga —tenía 3 meses de embarazo— y por todas partes porque le había reclamado haberlo visto con esa mujer.

En este embarazo, Reinaldo le dio dinero a Jenny para comprar cosas para la niña, pero igual sus padres y otras personas cercanas, le regalaron muchas cosas. Él se hizo cargo de los gastos de la clínica y ella agradece a Dios que, desde que ella nació, él le ha demostrado cariño porque a Jenny le aterraba que él no quisiera a la bebé y pudiera lastimarla.

Jenny sabe que no puede decir que Reinaldo sea un buen padre porque él no es un buen ejemplo, pero asegura que nunca ha tratado mal a sus hijos, ni ha dejado de llevar a su hijo mayor a las prácticas de fútbol, desde que empezó a jugar. Es lo único que hace y lo hace bien porque lo apoya mucho. “Yo siempre le digo que él es el papá del fútbol porque cualquiera que lo ve en las prácticas, se cree que es el papá y el tipo perfecto.”

A principios del año 2011, Reinaldo se cansó de insistirle a Jenny para que le dijera a su madre que le regresara el dinero que supuestamente le había depositado a plazo fijo. Acto seguido, él mismo llamó a su madre para pedírselo. Ella le dijo que no tenía idea de lo que hablaba y que Jenny no le había entregado dinero.

Furioso, Reinaldo sacó al niño de la práctica de fútbol y llamó a Jenny. Le dijo que ya lo sabía todo y que iba camino a buscarla, para ir juntos a la casa de su mamá y aclarar la situación.

Cuando Jenny escuchó aquellas palabras, cerró los ojos con fuerza y sintió que ese día sí la mataría porque el padre de Reinaldo, sólo había podido reponer una parte del dinero. Un vez que colgó, comenzó a caminar de un lado a otro de la casa: “¿Qué hago qué hago? Me va a matar, seguro que hoy sí me mata.” Se mordía las uñas, miraba por el balcón, se sentaba, se paraba, caminaba.

Un impulso la llevó hasta el cuarto y fue directo al sitio donde sabía que Reinaldo guardaba la pistola. Las manos le temblaban. Se la guardó en el pantalón, justo antes de que él subiera. Cuando llegó, la sacó a rastras de la casa y la llevó hasta el carro. Una vez adentro, Jenny esperó un descuido de Reinaldo, para sacar la pistola, quitar el seguro y apuntar contra su propia sien. No era la primera vez que trataba de suicidarse, pero esta vez estaba decidida porque sabía que él igual la iba a matar.

En ese momento, la desesperación y la certeza de que la matarían, no la dejaron pensar que aquella escena jamás se borrará de la mente de su hijo, que estaba en el asiento trasero. Luego de un forcejeo, Reinaldo logró quitarle el arma y, sin agredirla, le pidió que se calmara y le dijo que sólo iban a hablar. Jenny tenía un ataque de pánico y no podía articular. Sentía la garganta seca y que le faltaba la respiración. Sus lágrimas brotaban sin control. Finalmente, llegaron a la casa de la madre de Reinaldo y Jenny aclaró lo sucedido.

Cuando volvieron a la casa, todavía creía que Reinaldo la mataría pero, para su sorpresa, ni siquiera le pegó. Se encerraron en su habitación y ella no paraba de llorar. Le explicó a Reinaldo los motivos que la llevaron a esa mentira y él se

disculpó por haberla hecho llegar a ese extremo. Le prometió que las cosas mejorarían, como otras veces, pero esta vez Jenny le creyó porque no le había pegado.

Como torturador consumado, Reinaldo tenía una idea más retorcida para lastimarla. La violencia psicológica que vino después, hacía que una golpiza parecieran cosquillas, ante la magnitud de aquel daño. Constantemente le recuerda lo ocurrido y le dice que es una perra mentirosa, que nunca volverá a confiar en ella, que todavía se la debe por lo que le hizo y algún día se la cobrará. Como la frecuencia de sus maltratos físicos había disminuido, él consideraba que eso significaba un gran cambio y que Jenny era una malagradecida por no haber valorado su esfuerzo.

Jenny nunca les ha reprochado a los padres de Reinaldo que la utilizaran como carne de cañón y como escudo. Tampoco les ha reprochado que permitieran que la golpeará delante de sus narices, sin hacer nada o que dejaran que matara a su perro de un tiro en la cabeza, una de esas noches en que ella no logró conseguirle dinero. En los veinte años que tiene a su lado, Jenny ha tratado de huir unas cinco veces, pero ha tenido que regresar porque siempre la amenaza con que si no aparece, matará a algún miembro de su familia.

Sin miedo

A finales del 2011, a Jenny se le ocurrió comenzar a hacer tortas para vender. Como ella no puede salir de su casa, Reinaldo se encargó de promocionarlas y efectuar las entregas. La mamá de Jenny también las vende en su trabajo. Ahora Jenny tiene una venta promedio de 100 porciones de torta semanales, sin contar las que vende completas. Reinaldo la lleva a comprar lo necesario para hacer las tortas y se mantiene al pendiente de las ganancias, debido a que no confía en ella, luego del episodio con el dinero.

Hacer tortas ha significado, aparte de una terapia ocupacional para la cautiva Jenny, la oportunidad de darse cuenta que puede ser productiva y ganar su propio dinero. Eso ha aumentado su seguridad, hasta el punto en el que ha dejado de temerle tanto a Reinaldo. Ahora, cuando él comienza una discusión o la insulta, Jenny le responde y se defiende.

Lo que ella ha ganado en seguridad, significa para Reinaldo la posibilidad de que lo abandone. Para evitar que ese nuevo valor de Jenny se le subiera a la cabeza, el día de la madre del año 2012, le dejó un ojo morado. Él inició una discusión y cuando ella le replicó, él le lanzó un teléfono para pegarle, pero Jenny lo esquivó, lo tomó del piso y se lo lanzó de vuelta, con toda la fuerza que pudo impulsar su ira. Reinaldo no se lo esperaba y apenas tuvo tiempo de reaccionar, antes de que el teléfono se hiciera añicos contra la pared.

Él se le fue encima para darle una golpiza, pero como Jenny se defendió hasta con los pies, terminaron rodando por el piso, mientras ambos recibían golpes. En un giro, él apartó el brazo de Jenny y le propinó un puñetazo en el ojo derecho. Ese golpe reafirmaba su posición dominante: “Bueno, ¿Tú no te la das de arrecha? Ahí tienes pues, así te tengo que tratar porque a mí no me vas a venir a sacar las uñas ahora.”

Pocas veces, ella ha conversado con su hijo sobre la situación en la que vive. Sin embargo, el chico es muy inteligente y varias veces le ha dicho que lo mejor sería que ella se fuera de la casa. No ha querido denunciar a Reinaldo, primero porque lo quiere, luego porque siente que sus hijos se lo reprocharían algún día y también porque considera que eso pondría en riesgo la seguridad de su familia, debido a que él la ha amenazado con matar a sus padres o hermanos si ella escapa o lo denuncia.

Otra de las razones por las que no se ha separado de Reinaldo, es porque no quiere que sus hijos pasen incomodidades porque ella no tiene nada estable que ofrecerles. No le importa su destino y a menudo piensa en las miles de veces que Reinaldo la ha amenazado con matarla: “Ojalá terminara de matarme de una vez porque igual yo ya estoy muerta en vida.”

Está segura de que Dios existe porque dice que sólo él pudo haberle dado el maravilloso regalo que son sus hijos. Sin embargo, cree que Dios la olvidó, aunque eso no es importante porque igual sólo le pide para ellos.

A veces se permite el placer culposos de pensar en la libertad: “Si pudiera ser libre alguna vez, me gustaría bailar porque siempre me encantó. Aunque creo que ya hasta se me olvidó.”

Maritza fue violada repetidamente en la casa de su abuela

“Yo también tuve la culpa de lo que pasó”

Ella sabía que relacionarse con su primo no era correcto, pero se había enamorado platónicamente y no pensó que él sería capaz de lastimarla.

Desde niña, Maritza Rodríguez ha sido una chica grande. Cuando tenía 12 años, sus padres regresaron a vivir con ella y compensaron sus años de ausencia con grandes cantidades de comida y todas las chucherías que quisiera comer. Una situación económica muy difícil que atravesaron a mediados de los años 80, los forzó a dejarla a cargo de su abuela en la Guaira, mientras ellos trataban de mejorar su situación, vendiendo empanadas en su casa de Barlovento.

Nunca reprochó a sus padres que la dejaran con su abuela porque en Barlovento pasaban mucha hambre y asegura que de adulta entendió, que aquella había sido la mejor decisión. Cuando Maritza llegó a la casa de la abuela Caridad, allí también vivían su tía Gloria y sus dos hijos, Mirta de 8 años y Daniel de 12. Maritza tenía entonces 7 años y recuerda que la abuela Caridad —morena y corpulenta— les brindaba a todos la misma dosis de cariño y disciplina.

La casa de la Guaira era grande. Ahora es más grande porque Mirta y su marido construyeron otro cuarto arriba. Uno de sus recuerdos favoritos de niña, era subir los tres pisos hasta la azotea, aunque llegara cansada. “Aquí nos metíamos Daniel y yo cuando jugábamos al escondite.”: un espacio entre un enorme tanque de agua, cubierto de óxido y la pared. Mirta tardaba mucho rato en encontrarlos.

La situación de sus padres no mejoró y para poder salir del aprieto económico, la madre de Maritza decidió que era mejor vender la casa de Barlovento y, con lo poco que obtuvieran, mudarse a la Guaira a la casa de su madre, donde había espacio para ellos y así poder estar cerca de Maritza. Vicente —el padre de Maritza—, accedió a regañadientes, pues prefería quedarse en su pueblo natal, antes de ir a vivir con su suegra, a quien apreciaba mucho, pero no le parecía correcto que un hombre no pudiera darle casa propia a su familia. Así fue como, en 1990, Vicente y Marina se instalaron en una habitación en la segunda planta de la casa de la abuela Caridad.

Para la niña fue maravilloso que regresaran porque en los últimos años, los había visto sólo unas cuatro o cinco veces. Decidieron dejar a Maritza en el cuarto que ya ocupaba en la primera planta, junto al de su abuela y al de sus primos. Sus padres se acomodaron en otro arriba, que tenía las paredes azul claro y desconchadas porque la abuela lo usaba para guardar cosas viejas.

Pasó poco tiempo luego de la llegada de sus padres, justo en la adolescencia de Maritza, para que las cosas comenzaran a cambiar, empezando por su físico. La ingesta de alimentos y golosinas, pronto surtió efecto en ella que, por tener antecedentes de obesidad en su familia, no estuvo exenta de padecerla.

Era la abuela Caridad quien trataba de controlar la alimentación de Maritza. Alegaba que no estaba sana y que así tan gorda, no iba a conseguir novio, menos aún marido. Sin embargo, la madre de Maritza saboteara sus buenas intenciones, sirviéndole a Maritza enormes porciones de comida: “Ella está creciendo y tiene que comer” y se burlaba: “Además, así puede usar las tetas de repisa para afincar el plato”.

Cuando el primo de Maritza, Daniel, cumplió 18 años, su papá —45 años para entonces y de profesión albañil— se lo llevó al vivir con él a El Junquito, para que le ayudara a trabajar en una casa que se estaba construyendo cerca del pueblo. Gloria, su madre, no puso objeción porque aunque estaba separada del padre de sus hijos, se llevaban bien y le pareció buena idea que compartiera con su papá.

Gloria decía que él se estaba haciendo hombre y que era mejor que estuviera con su papá. Maritza lloró mucho su partida porque eran muy cercanos, aunque él no era demasiado cariñoso con ella, pues se burlaba constantemente de su prima, diciéndole que parecía una ballena y que la soltaría en el mar, que si comía más, iba a explotar y que no iba a conseguir novio. “Eso de lo del novio, lo decía porque se lo oía a mi abuela.” Ella trataba de no prestarle atención a sus burlas, pero igual la lastimaban.

Taller La Caridad

El paso de Maritza de la adolescencia a la adultez, transcurrió mientras veía como los cuerpos de las pocas amigas que tenía, se hacían curvilíneos, mientras que el suyo, sólo se agrandaba cada vez más. Ellas se convertían en mujeres bellas, con cuerpos bien formados, mientras Maritza veía su cuerpo crecer desmesuradamente.

Mientras más engordaba, más fea se sentía. Se deprimía con frecuencia y eso la hacía comer más. La sensación de satisfacción que sentía al comer, funcionó como refugio contra los sentimientos de rechazo que tenía hacia sí misma. Cuando comía algo rico, ya no pensaba en su cuerpo, ni en la auto repulsión que sentía. “Igual ya ni me importaba porque ninguno de los chamos que vivían por mi casa o los del liceo, me paraban.”

La abuela Caridad, preocupada por los casi 100 kilos que pesaba Maritza a los 18 años, le propuso pagarle —con lo que había estado ahorrando de la pensión que recibía— un tratamiento para la obesidad. Sin embargo, Marina, la madre de Maritza, no lo consideraba necesario: “Déjala quieta mamá que ella está sana, yo no la veo gorda y el que la quiera, la querrá así como ella es.”

El padre de Daniel, tuvo que viajar al interior por un trabajo de construcción para el que fue contratado y, para no dejar sólo a sólo a su hijo en El Junquito, lo envió con su madre a Catia la mar, a la casa de su abuela Caridad. En ese momento, Daniel tenía 23 años y el trabajo duro lo había convertido en un hombre fuerte, atlético y muy atractivo para las mujeres.

Sin embargo, la caballerosidad y el respeto hacia el sexo femenino, no eran valores que su padre reforzara. Daniel se sabía atractivo y aprovechaba cada oportunidad de compartir la intimidad con una mujer. Hacía ya mucho tiempo que su padre lo había “convertido en hombre”, llevándolo a un burdel que él mismo frecuentaba y obligándolo a tener sexo con una prostituta. A partir de ese momento, olvidó lo que su madre y su abuela le habían inculcado sobre las mujeres y la manera de tratarlas.

Cuando Maritza volvió a ver a su primo, quedó inmediatamente prendada de él. Se quedó sin habla y éste la hizo reaccionar: “Mija, despierta. Parece que viste un fantasma.” Al volver en sí, lo saludó con un beso en la mejilla y le resultó delicioso el aroma que emanaba su piel.

El trabajo que el padre de Daniel había aceptado en el interior, se prolongó por varios meses y fue tiempo suficiente para que él dejara su huella en la vida y el cuerpo de Maritza. Daniel comenzó a trabajar pronto como ayudante de mecánico de

su tío Vicente. En la parte frontal de la casa donde vivían, a la derecha, quedaba el garaje y era lo bastante grande como para albergar dos carros a la vez.

Vicente tenía algo de experiencia en la mecánica y siempre le gustó desarmar y rearmar carros, lo que le ayudó a tener éxito y hacerse pronto de algunos clientes, que a su vez le recomendaron con otros, por hacer un buen trabajo. En pocos meses el garaje, que ahora tenía un aviso de latón pintado por Vicente que decía *Taller la Caridad*, estaba ocupado siempre con dos carros, miles de herramientas y, por lo general, había dos o tres carros que debían pernoctar en la acera, mientras esperaban su turno de ser reparados.

El acercamiento

Maritza había comenzado a ir a la universidad en Caracas de 9 de la mañana a 1 de la tarde, por lo que se levantaba a las 4 de la mañana para que le diera tiempo de bañarse, arreglar su cabello —negro, muy rizado y hasta los hombros— y desayunar. Cerca de las 3 de la tarde, ya estaba de vuelta en su casa. Tomaba el autobús para la Guaira en el terminal del Nuevo Circo y, al llegar a Catia la mar, ese autobús le dejaba cerca de la parada de los jeeps que luego la dejarían, después de 15 minutos de una serpenteante subida, en la puerta de su casa.

En las tardes, cuando había terminado sus actividades de la universidad y durante las vacaciones, Maritza ayudaba a su abuela en la bodega y también a su padre, si éste necesitaba que le comprara algún repuesto pequeño o una herramienta. Estas situaciones, la hacían interactuar frecuentemente con su primo.

Daniel le gastaba bromas constantemente y la amenazaba con meterse en su cuarto una noche y sacarle la cobija de un tirón, para asustarla. Cuando la conseguía

sola, de vez en cuando le daba una nalgada, pero Maritza no le daba importancia porque lo consideraba una expresión de afecto, aparte de que disfrutaba de su presencia y de ese contacto físico.

En una oportunidad, Maritza lavaba unos platos en la cocina, cuando Daniel se le acercó por detrás, sin hacer ruido. La tomó por la cintura para voltearla y deslizó su nariz despacio por el cuello de Maritza, hasta llegar a sus senos. “Que rico hueles” —le dijo. Ella sintió cómo se estremeció todo su cuerpo y cerró los ojos, entregada a la sensación. Cuando los abrió, Daniel ya se había ido.

Ese tipo de situación, ocurrió varias veces durante unos dos o tres meses. Maritza no comentó nada a sus padres, ni a su tía o a su abuela porque temía que, aparte de que la hicieran culpable de la situación, reprendieran a Daniel o peor aún, le corrieran de la casa.

Un día que Vicente se fue a Caracas a comprar un repuesto, Maritza tomó el valor para ir al taller e interpelar a Daniel respecto a la situación, pues no le parecía correcto que éste la estuviera toqueteando a su antojo y menos después de enterarse de que él frecuentaba a una mujer que vivía cerca y que a veces pasaba la noche en su casa.

Cuando Maritza le hubo exigido que no la tocara más porque se lo diría a su padre y le dijo que ella sabía lo de la otra mujer, Daniel la miró incrédulo y dibujó una sonrisa cínica en su rostro, antes de soltar una carcajada: “Tú si eres ridícula vale. A ti te gusta que yo te manosee porque si no, no te dejaras. Si le fueras a decir a mi tío, ya lo hubieras hecho, pero a ti te gusta. Además, a quien yo me coja por ahí, no es problema tuyo ¿O es que me la vas a dar tú?”

Maritza no pudo contener las lágrimas. Lágrimas de celos porque el hecho de que él le confirmara que efectivamente estaba con otra mujer, la carcomía. Hizo caso omiso de todo lo demás que Daniel le dijo. Ni siquiera le respondió y salió del taller, para encerrarse en su cuarto a llorar. No sabía qué era lo que más le molestaba, si el hecho de que era un patán o que a ella le gustara, sin importar que lo fuera.

Bajo amenaza

Varias semanas después de lo sucedido, familiares del interior llegaron de visita, para quedarse unos días —otras dos hijas de la abuela Caridad, con sus esposos y seis niños en total—, por lo que la casa estaba llena. Para hacer espacio, Maritza y Daniel tuvieron que dormir, ella en el viejo mueble de la sala —un sofá marrón inmenso— y él en una colchoneta en el suelo.

Para poder bajarse del sofá e ir al baño, Maritza debía pasar por encima de Daniel, pisando en medio de sus piernas, esquivar la enorme mesa de centro y seguir el pasillo de la derecha, hasta el baño. Una de esas noches, debido a la oscuridad que producían las cortinas de la sala, Maritza tropezó, pisó a Daniel y cayó de nuevo sentada en el borde del sofá.

Éste se despertó sobresaltado, preguntándole a Maritza qué había pasado. Ella le respondió que había tropezado y el subió al sofá y se sentó a su lado. Le preguntó si estaba molesta todavía y comenzó a acariciarle las piernas. Maritza no le respondió y permitió que la acariciara. Daniel la tomó por el rostro con la mano izquierda y la besó, mientras su mano derecha, acariciaba los senos de Maritza y luego los apretujaba.

Ella no había experimentado esas sensaciones y dejó que siguieran su curso, a la par que su corazón se aceleraba y su cuerpo se estremecía. Daniel la recostó en el sofá y le quitó la ropa interior, sin desvestirla por completo. No sintió dolor, a pesar de ser su primer encuentro sexual. Tampoco le preocupó que alguien saliera de alguno de los cuartos y los descubriera, ni pensó en usar algún tipo de protección o en que era su primo. Aquello era demasiado placentero y Maritza disfrutó cada minuto.

Sin embargo, Daniel no fue cariñoso, sólo se dedicó a hacer lo propio. El coito duró unos quince minutos y una vez que hubo terminado, Daniel se subió los pantalones, se acostó de nuevo en la colchoneta y Maritza retomó el camino hacia el baño.

Después de haber tenido sexo, Daniel comenzó a ser esquivo con Maritza, casi ni la saludaba. Harta de la situación, lo enfrentó en la cocina, para saber lo que le ocurría y él reaccionó de manera violenta. La tomó por el cuello con ambas manos y golpeó su cabeza contra la pared. “Deja de estar hablando de esa vaina en voz alta porque si se enteran lo voy a negar todo y te voy a dar unos coñazos pa`que cierres esa jeta. Ya te di lo que querías, ahora deja la ladilla.” La soltó y salió de la cocina, haciéndole un gesto para que se mantuviera callada —colocó su dedo índice sobre sus labios cerrados.

Cuando la soltó, Maritza tenía los ojos llenos de lágrimas. Estaba consternada porque no se esperaba que él pudiera agredirla. No obstante, no le contó a nadie lo ocurrido. Desde ese momento, Daniel no dejaba de hacerle el mismo gesto cada vez que se la tropezaba. Maritza pensó varias veces en contarle a su madre, pero la vergüenza fue más fuerte y guardó el secreto. No fue sólo una noche la que Daniel entró al cuarto de Maritza y la obligó a tener relaciones sexuales, mientras le decía: “Igual si dices algo, te van a culpar a ti por puta.”

Agradece no haber quedado embarazada de él. Daniel solía quitarse antes de terminar y ella había empezado a tomar, a escondidas, unas pastillas anticonceptivas que le recomendó una amiga.

Siete meses vivió Daniel en la casa de la abuela Caridad, antes de que su padre regresara de Maracaibo, donde ya había terminado la construcción de una casa y otros trabajos que había conseguido. Una vez en El Junquito, le pidió a su hijo que volviera con él.

Maritza ahora está casada —su esposo trabaja en el taller de Vicente—, es madre de una niña de 2 años y ya no vive con su abuela, aunque sí muy cerca. Nunca le contó a su familia o a las autoridades lo ocurrido con su primo y evita asistir a las reuniones familiares donde sabe que él estará.

Dice que no puede odiarlo porque llevan la misma sangre. Decidió no denunciarlo, consciente de que la violaba cada vez que quería. “Yo no podía meter preso a alguien de mi propia familia y menos sabiendo que yo también tuve la culpa de lo que pasó.”

El taxi la llevó a una maternidad pública al noreste de la ciudad

“Tenía que haberlo dejado ese mismo día”

Tras quedar embarazada, luego de ser violada por su pareja, Teresa decidió no tener al bebé.

La luz que tenía sobre sus ojos, se empañaba cada tanto, a causa de las lágrimas. Sentía cómo, sin compasión, el médico pasaba la áspera gasa por las paredes de su útero —ahora vacío. Los insultos de la enfermera, se sumaban al dolor físico y emocional que sentía.

En aquella cámara que antes albergaba una vida, ahora sólo quedaban restos de sangre que eran extraídos con brusquedad, por un galeno y una enfermera indolentes.

Teresa llegó a la maternidad como a las tres de la mañana. No recuerda si era jueves o viernes, pero fue en noviembre, a finales del 2008. Entonces tenía 23 años. Decidió vestir de negro para disimular la sangre y fingía no sentir dolor porque, de lo contrario, ningún taxista querría llevarla. Se colocó varias toallas sanitarias a la vez para tratar de contener el sangrado, al menos hasta llegar a la maternidad. Detuvo un taxi.

Es morena, de mediana estatura, cabello largo y negro, casi siempre recogido. Indicó al taxista la dirección de una maternidad pública, ubicada al noreste del Municipio Libertador, en Caracas. Estaba sola y recuerda que llevaba 250 bolívares en el bolsillo de una chaqueta, junto a su cédula de identidad y las llaves de su casa.

Los dolores comenzaron como a las 9 de la noche. Primero fue un sangrado leve, como el que ocurre generalmente en los primeros días de la menstruación. Ya cerca de las 11, el sangrado aumentó, acompañado de dolores intensos y necesidad de pujar. “Había empezado a parir, pero no lo sabía porque no había tenido hijos.”

La decisión había sido tomada desde el momento de saber la noticia. Teresa trató de no encariñarse con el bebé, una vez que confirmó que estaba embarazada. No tuvo dudas de que, en su situación, aquella era la mejor decisión.

Si bien sus menstruaciones siempre fueron irregulares, comenzó a sospechar que algo ocurría cuando, por tres meses seguidos, casi no había sangrado. No quiso consultar al médico, para evitar que confirmaran su sospecha. Esperó hasta los tres meses de gestación para hacerse un examen de sangre, con la esperanza de que la negación, lo haría desaparecer de su vientre.

En ese entonces no tenía nada. “Ni trabajo formal, ni casa propia, ni dinero; nada.” Llevaba varios meses vendiendo tortas en la calle y las ganancias que obtenía, se las quitaban a la fuerza, para disolverlas en una botella de ron.

El planificador

Teresa Contreras es la hija menor de un matrimonio de padres separados. De niña quería ser modelo. Se graduó de técnico superior en publicidad y mercadeo, pero no ha tenido la oportunidad de ejercer su carrera formalmente. Vive con su madre y su hermano mayor, en la parroquia El Cementerio, en Caracas.

Asegura que siempre ha ejercido su carrera de manera indirecta. “He trabajado como vendedora en varias tiendas, de mesonera, como operadora telefónica de ventas

y como promotora de perfumes. Eso también tiene que ver con publicidad y mercadeo.”

Criada en el seno de una familia católica practicante, dice creer en Dios, pero no en los sacerdotes. No le inspiran confianza porque son hombres, igual a todos, por lo que deben sentir las mismas cosas y eso hace imposible que tengan privilegios ante Dios.

Resiente la ausencia de su padre quien, al separarse de su madre cuando ella tenía 10 años, se mudó a la ciudad de Guanare y tuvo muy poco contacto con ella durante su adolescencia e incluso en la adultez. Sin embargo, él está más presente en los recuerdos de su infancia porque era más cariñoso con ella que su mamá. Los padres de Teresa son profesionales —contadora pública ella, ingeniero agrícola él.

“Hasta hoy, yo no sé decir qué fue exactamente lo que a mí me pasó con ese tipo...” Hace una pausa larga. Como quien todavía se lo pregunta. “Estaba más chama cuando lo conocí y creo que estaba buscando más un papá, que un novio.”

Pedro estudió algunos semestres de ingeniería de sistemas. Es hijo único de un matrimonio de más de 40 años y él tenía 35, cuando comenzó a salir con Teresa. Se conocieron en una tienda donde ella trabajaba y, luego de que lo atendiera como cliente, él no esperó demasiado para visitarla nuevamente e invitarle un café.

Él trabajaba en una oficina cercana, como mensajero. Vivía sólo porque su familia está en el interior del país y se vino a trabajar a Caracas. Pasaba seguido por el centro comercial donde quedaba la tienda y a veces le llevaba un chocolate, un dulce; hasta que la invitó a salir y ella aceptó porque le simpatizaba, pero no le resultaba demasiado atractivo.

Los temas favoritos de conversación de Pedro, eran los planes que tenía de formar una familia, de abrir un negocio, de comprar un carro y repetir que siempre le gustó vestir bien, comer en buenos restaurantes y cosas como esa. Teresa se sintió deslumbrada por Pedro, debido a que no se parecía a ninguno de los tres novios que había tenido antes y que no le plantearon nada parecido al futuro, más allá del futuro inmediato que representaba elegir, aún en el restaurant, a cuál hotel irían a pasar la noche.

Pedro —alto, delgado, cabello rizado y oscuro, ojos grandes y escudriñadores— se mostraba muy seguro de sí mismo y ella creyó el discurso de que él buscaba a una mujer para compartir la vida y salir adelante juntos. Así empezaron una relación que, para Pedro, fue seria desde el principio. Teresa planeaba probar si funcionaba, pero con la intención de no involucrarse tanto al principio porque no estaba enamorada.

La sorpresa

Aquel taxi la dejó en la puerta de la maternidad. Se bajó del carro, manteniendo las piernas lo más juntas posible —caminando como geisha—, para evitar una hemorragia. Decidió salir de su casa e ir a la maternidad, cuando la intensidad de la hemorragia había disminuido. Al pasar la puerta de entrada, había una primera sala con sillas blancas de plástico a ambos lados, una ventanilla de recepción a la derecha —en la que no había nadie— y otra entrada con dos puertas cerradas, al fondo.

En la primera sala había una mujer joven embarazada, sentada en una de las sillas del lado izquierdo y junto a ella, una mujer de unos 40 años, le colocaba una cobija encima para abrirla y sostenía un bolso que parecía contener ropa.

Aparentemente, estaba esperando a ser atendida, pues era evidente que estaba en labor de parto. Tenía la cabeza recostada contra la pared, los ojos cerrados y apretados, como quien padece un dolor muy fuerte. Cada tanto, emitía un quejido y bajaba la cabeza, para luego recostarla nuevamente contra la pared.

Teresa esperó de pie a que alguien apareciera en la ventilla de recepción. La señora que acompañaba a la joven, al percatarse de la espera de Teresa, le dijo: “La muchacha dijo que venía ahorita”. Teresa le agradeció y prefirió quedarse de pie, mientras se lamentaba de no haber llevado una chaqueta más gruesa. Tenía la piel erizada por el frío.

El escalofrío que le recorrió el cuerpo, se parecía al que había sentido cuando decidió darse la oportunidad con aquel prospecto de “hombre ideal” que se le había puesto en el camino, considerando que, en aquel momento, ella creía que era muy difícil conseguir un buen hombre. Esa oportunidad había sido suficiente para que, antes de darse cuenta, se encontrara en un autobús con Pedro, quien la llevaba a conocer a su familia, a 6 horas de Caracas.

La presentó ante todos como su pareja y Teresa notó, durante una cena, que la familia de Pedro le hacía comentarios muy puntuales a él: “No vayas a desperdiciar esta oportunidad con ella porque se ve que es una buena persona”, “Aprovecha para sentar cabeza” y cosas parecidas. Aquellas frases, activaron una señal de alarma en Teresa.

La duda había crecido como hiedra en la cabeza de Teresa y trató de seguir ese sexto sentido que se dice tienen las mujeres y que a ella le decía que terminara la relación. Unos días después de haber llegado de viaje, salieron a pasear y se sentaron en el banco de una plaza. Para Teresa, fue la oportunidad perfecta para tocar el tema, pero solamente al asomarle la idea, Pedro rompió a llorar como un niño, suplicándole

a Teresa que no lo dejara, asegurándole que ella era lo mejor que le había pasado en la vida y que él le demostraría que valía la pena estar a su lado.

Sin saber cómo responder ante la reacción inesperada de Pedro, Teresa sólo miraba alrededor, apenada, mientras veía a la gente, que parecía público de teatro, viendo la escena que estaba protagonizando Pedro. Teresa le pidió que se calmara y le dijo que luego hablarían, cuando llegaran a la casa. La alarma, que ya estaba encendida en Teresa, se intensificó luego de aquel episodio y todavía se reclama no haber seguido su instinto en ese momento. “Tenía que haberlo dejado ese mismo día y no dejarlo llegar tan lejos.”

Pedro contraatacó la evidente intención de dejarlo que había manifestado Teresa, alquilando un anexo en San Bernardino. La buscó un día al salir del trabajo y le dijo que le tenía una sorpresa. Se había encargado de llevar sus cosas al anexo, de manera que, cuando llegaron allí —en la noche—, estaba listo para ser habitado.

Era un cuarto grande, ubicado al final del patio de una casa amarilla con la pintura enmohecida, un pequeño jardín en la entrada con más maleza que plantas y cientos de gaveras de refresco y cervezas, dispuestas a la derecha de la entrada del garaje porque la dueña le alquilaba ese espacio al dueño de una licorería cercana.

Para llegar al cuarto, había que atravesar el patio con el cuerpo casi totalmente pegado a la pared, pues tres mastines napolitanos que recreaban a Cerbero, estaban amarrados a la reja de una ventana lateral de la casa. Sus cadenas, sólo dejaban unos cincuenta centímetros de espacio entre sus dientes y la pared. Eran feroces, ladraban día y noche sin cesar y el sucio que les cubría, impedía identificar el color de su pelo. La dueña de la casa —una portuguesa corpulenta de más de 50 años— no se

molestaba en bañar a los perros o recoger sus excrementos seguido, por lo que pasar por el patio, equivalía a cruzar un campo minado.

Teresa se quedó muda un momento, mientras Pedro le presentaba a la señora Melina y le explicaba que ahora vivirían allí y que ésa era la sorpresa. Aquello no era precisamente el concepto de hogar que Teresa se había figurado. De hecho no había considerado la idea de mudarse con Pedro todavía, pero éste había utilizado —una vez más— los encantos que le caracterizaban, para lograr que la madre de Teresa le permitiera sacar de su casa, las principales pertenencias de Teresa, para poder ejecutar su sorpresa. “Yo no sé quién le dijo a él que yo me quería ir de mi casa.”

Para no arruinar la supuesta intención de Pedro de formar un hogar, Teresa accedió a mudarse y probar que tal resultaba la convivencia, apostando a que, tal vez, hasta llegaba a gustarle. Poco después de un mes de haberse mudado, Teresa se enteró, por amigos y por la dueña de la casa, que Pedro le decía a sus conocidos que se habían casado y que por eso decidieron mudarse juntos.

No era la primera mentira que ella le descubría. Las dudas la habían llevado a esperar a que Pedro se metiera a bañar, para revisar su celular y encontrarse con mensajes extraños, enviados a números sin nombre asignado. Ella revisó su celular porque, en una oportunidad, lo había agarrado para ver la hora porque no tenía su reloj de pulsera puesto y Pedro reaccionó violentamente, arrancándoselo de las manos: “¿Por qué me agarras mí celular? Tú no tienes un carajo que revisar ahí.”

Sin embargo, Pedro se había tomado la libertad de revisar el teléfono de Teresa cada vez que le parecía, así como revisar su bolso, oler su ropa —incluso la interior— y mantenerla advertida de que evitara que él la descubriera en algo “raro”. Los primeros meses, Teresa no le dio mucha importancia a ese tipo de

comportamiento porque lo asoció a celos machistas, pero al sumarlo a las otras mentiras descubiertas y la reacción de Pedro frente a la posibilidad de terminar la relación, comenzaron por transformar un sentimiento de duda, en temor.

En otra ocasión, mientras almorzaban en un restaurant, un amigo de Teresa de la infancia, se acercó a saludarla afectuosamente y, cuando se hubo retirado, Pedro comenzó a reclamarle que le hubiera abrazado y a gritarle: “Esto es lo que faltaba, que me restriegues en la cara los tipos con los que has tirado.” En vista de que Pedro hacía caso omiso de las súplicas de Teresa para que bajara la voz, ésta se levantó de la mesa y lo dejó en el restaurant.

De camino a la casa, Teresa repetía el episodio en su cabeza y buscaba alguna excusa para justificar aquel comportamiento. Tal vez ella había sido responsable. Tal vez era verdad y había sido muy efusiva al saludar a su amigo. Tal vez y Pedro, hasta tenía razón. A esas alturas, estaba un poco más comprometida con hacer funcionar aquel ensayo de hogar y, para lograrlo, decidió aferrarse a la idea de que, en el fondo, Pedro era un buen hombre y se merecía una oportunidad.

El espacio personal era otra de las cosas que Teresa había perdido, desde que estaba con Pedro. Si bien ya no compartía con sus amistades e iba muy poco a visitar a su mamá y hermano, tampoco tenía la posibilidad de estar a solas. Ella siempre disfrutó de pasar algunas horas al mes, caminando por un parque y sentarse sola en una banca, a lidiar con sus pensamientos. Aquello la ayudaba a relajarse y poner las cosas en perspectiva. También le encantaba acostarse en la grama, sacarse los zapatos, cerrar los ojos y frotar los pies contra la grama, pero ya no podía hacer nada sola porque, según Pedro, estar sola era una excusa para encontrarse con alguien. Así que se abstenía de hacerlo, para evitar una discusión.

Tolerar, era la estrategia que Teresa había elegido utilizar en su relación, pues creía en que, con el tiempo, ella y Pedro lograrían acoplarse y él cambiaría porque se sentiría más seguro con ella. Al fin y al cabo, ella se responsabilizaba por su inseguridad. Lejos de mejorar, el cerco que Pedro había formado alrededor de ella, se hacía más estrecho, a la vez que aumentaba su nivel de agresión.

Veinte minutos

Finalmente alguien apareció en la ventanilla de la recepción y, luego de que Teresa le dijera que había ido porque estaba embarazada y había comenzado a sangrar sin motivo como a las 9 de la noche, la mujer la miró incrédula y le pidió su cédula para tomar sus datos. La hizo pasar a la siguiente sala, por las puertas que estaban al final de la primera y le pidió que esperara allí, a que la hicieran pasar.

Aquello, más que una sala, era un pasillo largo y sombrío. Estaba pintado de un azul celeste, ahora oscurecido por el sucio. Las sillas eran color naranja intenso y una vez que la enfermera que le pidió que esperara, se hubo retirado a la recepción, Teresa quedó completamente sola por unos cinco minutos. Sintió lástima de sí misma por estar en esa situación y miró hacia arriba, para tratar de evitar que se le salieran las lágrimas, mientras repasaba en su mente los acontecimientos que la habían hecho llegar hasta esa sala.

En circunstancias no esclarecidas, Pedro perdió su empleo, casi al mismo tiempo en que Teresa era despedida de su trabajo, debido a distracciones en su horario laboral —visitas de Pedro, responder mensajes de texto de Pedro, responder llamadas de Pedro—. Ella no podía explicarle a su jefe que, si no atendía sus visitas o no respondía sus mensajes o llamadas, la esperaba una escena de celos en cualquier

esquina, que se prolongaba hasta llegar a la casa, donde Pedro le sumaba, aparte de insultos, agresiones físicas.

Lo que comenzó con un jalón de brazo, no reclamado en su momento, en cuestión de meses, se había convertido en una rutina que empeoraba en cada episodio. Pedro alimentaba el sentimiento de culpa de Teresa, haciéndola responsable de haber perdido su empleo, por estar pendiente de ella, por no hacerlo sentir seguro, por vestirse —según él— provocativamente a propósito. “Nada más andas pendiente de buscar macho por ahí.”

Los gastos mensuales eran altos y era necesario buscar una solución, debido a que ambos estaban desempleados. Como Teresa no consiguió nada y parecía que Pedro, ni siquiera pretendía buscar, con la excusa de estar muy deprimido y haber fracasado en su proyecto de vida, por culpa de Teresa, ella decidió hacer tortas —lo mejor que cocinaba— y salir a venderlas. Hizo negocio de consignación con algunos kioscos de la zona y las tortas resultaron venderse muy bien. Sin embargo, Teresa no veía el fruto de su trabajo por mucho tiempo.

Pedro pasaba todo el día en la casa, mientras Teresa salía a vender las tortas. Cuando regresaba, Pedro le esperaba, listo para salir: “Ajá, ¿Cuánto fue que hizo hoy tu maravilla de negocio? Que vaina chica, pa'lo que quedaste tú. Yo definitivamente me jodí contigo. Dame acá lo que hiciste.” Teresa se escondía una parte del dinero en su ropa interior porque Pedro la obligaba a entregárselo todo.

Él bebía todos los días y regresaba cuando se le terminaba el dinero —entre las 3 y 5 de la mañana—, listo para descargar su frustración contra el cuerpo de Teresa. Recuerda la madrugada de un sábado en particular. Fue el día que llegó más tarde de todos. Eran las 6:15 de la mañana, cuando el ruido de sus llaves la despertó y

tomó su reloj de pulsera de la mesita de noche, para mirar la hora. Se hizo la dormida, pero eso no disuadió a Pedro de arrancarle la cobija, subirse a la cama y arrodillarse sobre ella.

Con la mano derecha, la tomó del cuello y apretó con fuerza, mientras con la izquierda, jalaba la ropa interior de Teresa, para romperla. “Ahora vas a aprender que los hombres se respetan, puta`el coño.” Teresa trató de defenderse con ambas manos, mientras sentía que perdería la conciencia en cualquier momento, pues no podía respirar. El aliento a alcohol de Pedro, envenenaba el poco aire que inspiraba.

En una maniobra, la puso boca abajo y terminó de arrancarle la ropa. Teresa tosía profusamente, mientras las lágrimas empañaban su vista. Quedó de frente a la pared y lo siguiente que sintió, fueron los dedos de Pedro, hurgando dentro de su vagina, lastimándola con saña. Profirió un grito de dolor y contraía los músculos de su vagina, para tratar de expulsar los dedos de Pedro, infructuosamente. Con la mano izquierda, él le tapó la boca, mientras con la derecha, se ayudaba para penetrarla, primero por el ano, luego por la vagina: “Si gritas te mato, mal paría`.”

Aquellos, fueron los veinte minutos más largos que Teresa haya vivido. Luego de haber terminado, Pedro se levantó, llenó un bolso con algunas cosas y se fue sin decir nada. Teresa recogió la cobija del suelo y se arropó con ella, en posición fetal. Lloró por horas, hasta que se calmó y se metió a bañar. Sintió muchas náuseas por el olor a alcohol y a sudor que todavía sentía en el aire y vomitó en la ducha.

Casi no podía sentarse por lo adolorida que estaba. El asco y la vergüenza, le restaron valor para ir al médico. No le comentó a nadie lo sucedido y no supo de Pedro por varios días. Resultó que se había ido a la casa de su familia y les había dicho que estaba desempleado, que no conseguía empleo en Caracas y fue a pedirles ayuda y a ver si conseguía algo que hacer por allá.

Esto fue un alivio para Teresa, quien se había enterado del paradero de Pedro, cuando se consiguió un amigo de él que le preguntó si por fin él había encontrado empleo en esa zona del país porque le había comentado que se iría, cuando se consiguieron hacía varios días, en el bar que frecuentaba Pedro.

Teresa no supo de él en los siguientes tres meses y deseaba permanecer así. Se quedó a vivir en el anexo porque no se sentía bien emocionalmente para estar con su familia. Sabía que al llegar, rompería en llanto y su hermano insistiría para que contara lo que le pasaba. No tenía la menor intención de que su familia supiera lo ocurrido. Cambió la cerradura y empacó las cosas de Pedro en una caja, para tenerlas a la mano y entregárselas, si él regresaba por ellas.

Quedó embarazada luego de esa violación y no pensó en la posibilidad de tener al bebé. Para ella, ese hijo representaba un vínculo entre ellos que nunca podría romper. Él siempre le insistió con que le diera un hijo, pero ella no estaba dispuesta a establecer tal atadura de por vida. Cuando la violó, Teresa no se estaba cuidando con anticonceptivos porque no había podido comprarlos, pues el dinero que había apartado de las tortas, se lo había prestado a su hermano.

Un amigo que trabajaba en un laboratorio, le hizo el favor de hacerle la prueba de sangre, cuando por fin reunió el valor de confirmar el embarazo. A través del mismo amigo, pudo conseguir las pastillas Cytotec (Misoprostol), con las que se indujo un aborto. “Me daba terror que me pasara algo, pero no quería que él se enterara, ni tampoco tenerlo.”

Una decisión tomada

Al fin salió una mujer vestida con un traje desechable azul y debajo un uniforme de enfermera. La llamó por su nombre y le hizo un gesto para que la

siguiera. Entraron a una especie de habitación grande, en la que, al entrar, se encontraba de frente un escritorio pequeño y deteriorado, con dos sillas negras delante.

La enfermera hizo sentar a Teresa, en una de las sillas del escritorio y al otro lado de éste, se encontraba un médico de unos 30 años. Le hizo algunas preguntas, entre ellas: “¿Está segura que no se tomó nada, una medicina o algo, antes de que empezara a sangrar?” Teresa mantuvo la versión de que había empezado a sangrar sin motivo y luego de tomar algunas notas en un cuaderno pequeño y exhalar con fuerza —en un gesto de molestia—, el doctor le indicó a Teresa, señalando la pared detrás de ella: “Va a agarrar esa bata que está guindada ahí, pasa a uno de esos cubículos que esté vacío, se deja la parte de arriba de la ropa, se quita todo lo de abajo, se monta en la camilla y me espera ahí.”

Teresa tomó la bata que estaba colgada en la pared y se dispuso a seguir las instrucciones del médico. Detrás del escritorio, había unos cubículos pequeños, hechos de metal y pintados de añil. No tenían puerta. Los dos primeros estaban ocupados por mujeres que se quejaban en voz baja. Teresa entró en el tercero y comenzó a desvestirse. Le temblaban las manos. Había una camilla en medio del espacio, cubierta con un papel protector grueso; a la izquierda, una mesa con algunos instrumentos médicos, una bandeja profunda con agua y una papelería de metal.

Colocó su ropa en un gancho improvisado que estaba en la pared y se sentó en la camilla. Apenas se hubo sentado, entró el médico, acompañado de la mujer que le había hecho pasar a esa sala. Ella llevaba un tapabocas, la misma ropa azul desechable y una bandeja de metal, con algunas cosas adentro. El médico le dijo a Teresa que se acostara y colocara los pies en unas extensiones de metal que tenía la camilla, para que ella quedara de frente a él, con las piernas abiertas. Temblaba y le

tiritaban los dientes porque estaba prácticamente desnuda y el aire acondicionado era muy fuerte.

Lo siguiente que sintió, fue el espéculo helado, abriéndose paso a través de su vagina. Teresa estaba boca arriba y sólo podía ver las luces que estaban cerca de sus ojos porque el techo era bajo y las luces la cegaban. Cuando sintió aquel invasor gélido, su cuerpo reaccionó contrayendo los músculos y el doctor presionó un poco más: “Afloje para poderlo meter bien.”

Estaba muy adolorida, el sólo tacto en esa zona, le producía mucho dolor y el médico no procuró ser cuidadoso. Una vez adentro, extendió el aparato a su máxima capacidad. Teresa apretó los labios, para no gritar. El médico tomó una pinza larga de la bandeja que había traído la enfermera y la introdujo hasta lo más profundo de Teresa, para remover los restos de placenta, sangre y cualquier otra cosa que no hubiera salido con la hemorragia.

El doctor tuvo que detenerse, para asistir a la mujer que estaba en otro de los cubículos porque había comenzado a salirse el bebé. La enfermera continuó haciendo el curetaje de Teresa y otra enfermera entró al cubículo para ayudarla.

Teresa había pasado, hacía mucho rato, su límite de resistencia al dolor. No pudo contenerse más y comenzó a llorar y a quejarse por el dolor. La enfermera que había suplantado al doctor, la obligó a que cesara los quejidos: “Ahora si vas a vení a llorar ¿Por qué no lloraste cuando te preñaron o cuando te lo sacaste? ¿Vas a llorar ahora? Te quedas quieta pues.”

Finalmente terminó la agonía y luego de sacarle el espéculo, casi de un jalón, la enfermera le dijo a Teresa que se vistiera y que podía irse. Había dejado de gritar para evitar que la maltrataran más y porque sentía que ése era el precio que debía

pagar por lo que había hecho. “Sé que lo que hice estuvo mal, pero era la única solución para mí en ese momento.”

Casi sin poder moverse, se levantó de la camilla y se vistió. Se secó las lágrimas con la manga de la chaqueta y caminó lentamente hasta salir del edificio. Ya había amanecido. Detuvo un taxi y llegó a su casa cerca de las 6 de la mañana. Se acostó boca arriba en la cama, se arropó y se entregó a las lágrimas hasta quedarse dormida.

Teresa nunca le contó a Pedro lo sucedido. Ella se mudó de nuevo a la casa de su mamá, dos semanas después de haber estado en la maternidad. Dejó las cosas de Pedro con la señora Melina y nunca supo si volvió por ellas. Teresa no denunció la violación, ni tampoco haber sido víctima de violencia obstétrica.

Irma tenía tres años trabajando en la empresa cuando ocurrió el incidente

“Era un taconazo bien dado lo que él necesitaba”

El jefe de Irma llevaba meses acosándola pero ella no solicitó ayuda, por miedo a ser despedida u obligada a renunciar.

Cualquier ruido podría ser opacado en un espacio de 1500 m², lleno de gente que repite una y otra vez, el diálogo que suele sostenerse con el cliente en una empresa de telecomunicaciones. Cualquier ruido, menos el de los tacones de Irma Castro. Su firme andar y su voz aguda, son sus rasgos más distintivos.

Irma es una de esas mujeres que, a pesar de tener más de 40 años, sigue manteniendo la silueta de una chica bien dotada de 25. Es alta, con el cabello oscuro y largo hasta los hombros. Sólo algunas líneas de expresión en su rostro —que se evidencian cuando sonríe— y manos, delatan su edad madura. Sin embargo, su presencia obliga a hombres y mujeres, a dirigirle una mirada.

La excelente relación que mantiene con sus compañeros de trabajo, se debe, aparte de su afable carácter, a que le tienen mucho respeto porque ha sido responsable de varias mejoras en las condiciones de los trabajadores, luego de ser electa presidenta del sindicato de la empresa para la que trabaja actualmente.

Sin embargo, cuando fue víctima de tres —amenaza, acoso sexual, acoso u hostigamiento— de los diecinueve tipos de violencia que estipula el Artículo 15 de la *Ley Orgánica sobre el Derecho de las Mujeres a una Vida Libre de Violencia*

(LODMVLV), Irma prefirió, por vergüenza y miedo a ser despedida u obligada a renunciar, no solicitar ayuda.

Irma y José —su hermano menor—, son los dos hijos de Pedro y Silvia. Ambos padres son oriundos de Barquisimeto, Estado Lara y se mudaron a los Altos Mirandinos cuando Irma tenía 12 años y José 7. Compraron una casa pequeña en el pueblo de San Antonio de los Altos, en la que todavía viven sus padres.

Ella tiene muy buenos recuerdos de su infancia. Sus padres tienen casi sesenta años juntos y continuamente se demuestran afecto. Se casaron muy jóvenes e inmediatamente decidieron tener hijos. La madre de Irma es una mujer criada a la antigua, dedicada a la casa, a criar a los hijos y decidió no estudiar. Hace arreglos de costura por encargo porque cose muy bien.

Irma culminó su educación primaria en Barquisimeto porque sus padres no quisieron interrumpir el año escolar con la mudanza y prefirieron esperar a las vacaciones para mudarse. Cerca de octubre del año que se mudaron a San Antonio de los Altos, Irma comenzó su primer año de la escuela secundaria y José, el primer grado de la escuela primaria.

La importancia de la educación y el trabajo duro, son los valores más fomentados en la familia de Irma, quien considera a su padre, como el mejor ejemplo a seguir. Después de graduarse de administrador, trabajó hasta los 54 años y se retiró porque lo jubilaron porque si hubiera sido por él, todavía estuviera trabajando. Tuvo la oportunidad de conseguir empleo muy joven, en una oficina gubernamental, que posteriormente le consiguió el traslado a una sede ubicada en Los Teques, cuando se mudaron.

Al terminar la secundaria, Irma estaba más interesada en trabajar que en decidir cuál carrera universitaria estudiaría. Desde adolescente ha sido coqueta y quería tener dinero, para alimentar su vanidad con ropa bonita, accesorios y, por supuesto, tacones muy altos. Su afición a los tacones, comenzó al dar sus primeros pasos como niña que juega a vestirse de mujer, en los zapatos de su tía Felicia, que vivía en su casa de Barquisimeto. Hace tanto tiempo que usa zapatos altos, que asegura que cuando no lo hace, le duelen los pies.

Comenzó a trabajar a los 18 años, como vendedora en una tienda por departamentos, en Caracas. Fue una grata experiencia porque era como que un niño pudiera pasar ocho horas diarias en una juguetería. Ganaba buenas comisiones por ventas, pero las gastaba casi todas en la misma tienda. Para calmar la insistencia de su padre para que comenzara a estudiar, hizo algunos cursos y dos semestres de publicidad y mercadeo, pero no le gustó y no continuó la carrera.

Sentía que aún no había encontrado su verdadera vocación, aparte de que le resultaba muy tediosa la rutina universitaria y los horarios de clase. Los hijos nunca fueron parte de sus planes de vida. Tenía un círculo de amigos —que todavía conserva— con el que compartía frecuentemente. Iban a fiestas, viajaban juntos como mochileros por el interior del país y con varios de ellos, tuvo la oportunidad de conocer Madrid y Punta Cana.

El nuevo jefe

En el 2001, Irma se mudó de la casa de sus padres, a un apartamento tipo estudio que alquiló en el sector Las Minas, de San Antonio de los Altos. Entre el 2000 y el 2003, trabajó en varias empresas, antes de que su amigo Frank, la contactara para hacerle una oferta laboral.

Él había empezado a trabajar como coordinador, en una empresa de telecomunicaciones que ofrecía el servicio de atención telefónica tercerizada, a otras empresas. Se encontraban en búsqueda de personal y ofrecían un atractivo paquete salarial. Irma asistió a la entrevista porque buscaba una mejor oferta laboral. Aprobó el proceso de selección y comenzó a trabajar como supervisora de la empresa, en el año 2003.

Supervisaba un grupo de 20 veinte chicos, con edades de 18 a 30 años, que se encargaban de la atención telefónica de clientes. Irma se sentía estable laboralmente y sintió la necesidad de comenzar a estudiar porque ya había pasado los 30 años y en la empresa le exigían ser graduada o estudiante de una carrera universitaria. Llevaba un ritmo de vida más relajado y estaba dispuesta a asumir la rutina de la vida universitaria.

En el 2006, Irma llevaba tres años trabajando en aquella empresa y fue seleccionada, con otros doce compañeros, para inaugurar un nuevo servicio de atención al cliente de una importante compañía telefónica. Eran 8 salas que parecían laboratorios en los que se practicaba el “ensayo y error” porque no se habían establecido lineamientos claros para la gestión. Comenzaron las operaciones del servicio y cada supervisor llevaba su grupo, como consideraba que era la manera correcta, según su experiencia.

El trabajo era básicamente el mismo que desempeñaba anteriormente, sólo que tenía un nuevo jefe y que el grupo de chicos que supervisaba era más grande. Su jefe directo, Javier, era un hombre alto, gordo y muy moreno, que tenía un amplio currículum en empresas de telecomunicaciones y servicio al cliente. A Irma no le cayó bien desde un principio porque su mirada se asemejaba el recorrido que hace la luz de una fotocopidora, parecía que escarbaba con la mirada, cada detalle del cuerpo.

Era rutina que los supervisores pasaran por su oficina en las mañanas, para unificar criterios respecto al servicio. Javier había solicitado los números de teléfono de los supervisores que tenía a cargo y, luego de un mes de haber iniciado el servicio, una mañana le envió a Irma un mensaje de texto: “Estás bellísima hoy, ese pantalón te queda rico”.

Ella prefirió pensar que aquel mensaje había sido una broma de muy mal gusto porque no quería confrontaciones con su nuevo jefe. Sin embargo, le pareció una falta de respeto que se tomara semejante libertad, era un abusador. Irma es muy respetuosa y ese mensaje la había descolocado a tal punto, que lo borró de inmediato y se quedó unos segundos como ausente en su puesto de trabajo, pensando en lo ocurrido: “¿Será que se equivocó de número?”

Luego del episodio del mensaje, acercarse a la oficina de su jefe en las mañanas, era para Irma como tener que entrar a la cueva de un gnomo verrugoso. Javier solía deslizar su lengua con frecuencia sobre sus labios resacos, para humedecerlos y salivaba mucho cuando hablaba. Verlo hablar, resultaba casi intolerable para el estómago de Irma. Un reflejo morboso de su mente, le hacía imaginar aquella lengua asquerosa rozando su piel y de sólo visualizarlo, sentía repulsión.

Camino a la cueva del gnomo

Semanalmente, Javier realizaba una reunión con cada supervisor para revisar los avances de la gestión. Cuando le tocó el turno a Irma, al entrar a la oficina de Javier, pasó por el escáner de sus ojos saltones, antes de sentarse en la silla que estaba frente al escritorio. La reunión parecía infinita e Irma trataba de puntualizar cuanto le era posible y no mirarlo directamente a la cara.

Poco antes de terminar, Javier la invitó a salir ese día, después del trabajo. Ella trató de ser lo más cortés posible y dejar claro de una vez que no estaba disponible: “Muchas gracias, pero no puedo porque mi novio me viene a buscar.” Como si hubiera hecho caso omiso de la parte donde le dijo que tenía novio, Javier le respondió: “Ay qué lástima Irmita, otro día será entonces. De repente el viernes sí y te preparo algo rico en mi casa. Tengo buenos proyectos en mente para ti.” Irma prefirió no contarle nada a su novio, para no preocuparlo porque él ya estaba bastante angustiado por la salud de su madre, que estaba muy enferma.

Pasados tres meses, el acoso de Javier no cesaba e Irma ya no sabía que hacer para tratar de mantenerlo a distancia. La situación había afectado hasta su manera de vestir. En las mañanas, pasaba mucho rato escogiendo ropa que no resultara demasiado provocativa, pero que mantuviera su estilo personal. Solía salir de casa molesta, pensando en la situación: “Es que no puede ser que este tipo me controle así la vida. Yo no soy así ¿Desde cuándo yo me visto tratando de disimular o de esconder algo? No no, esto se tiene que acabar, que vaina es”

Un día decidió almorzar con su amigo Frank, para comentarle lo que estaba pasando. Para sorpresa de Irma, Frank le dijo que no era la primera vez que escuchaba un cuento así de Javier. Que él tenía la costumbre de aprovecharse de su influencia en la empresa para acosar a las supervisoras a su cargo y que si no le seguían el juego, se valía de artimañas para despedirlas o hacerlas renunciar.

Esas palabras desconsolaron a Irma, que ahora sí se sentía de verdad acorralada. Necesitaba el empleo para costear sus gastos, que eran muy altos porque pagaba la universidad, el alquiler, el seguro del carro, ayudaba a sus padres y a su novio, que acababa de quedarse sin empleo por tener que cuidar a su madre. Además, no quería perder la antigüedad que tenía la empresa y las concesiones que hacían con

ella, como permitirle que se retirara temprano a clases cuando lo necesitaba y sin descontarle nada.

Irma decidió enfrentar a Javier y pedirle que no la molestara más. Tomaba valentía para ir a hablar con él, sentada en su puesto de trabajo. Se levantaba de la silla, respiraba hondo y comenzaba a caminar hacia la cueva del gnomo, con el paso firme que la caracteriza, pero cuando estaba a tres pasos de la puerta, pensaba en ella como futura desempleada y bajaba la marcha para seguir de largo hacia el filtro de agua. Tomaba un poco de agua, a ver si le volvía el valor en el camino de regreso, pero esto no ocurría y de nuevo pasaba de largo hasta su puesto.

Toleró por meses el hostigamiento y el acoso sexual de su jefe. Ya no eran sólo los mensajes, sino que también la llamaba para decirle obscenidades y si no le respondía, le enviaba mensajes amenazándola: “Atiende esa mierda o si no vas a ver lo que te va a pasar. Más tarde o más temprano, vas a terminar dándomela”. Cuando tenía que reunirse con él en su oficina, Javier procuraba acercarse a ella, tocarle las manos, los hombros o acercarse lo más posible. Irma sentía que su piel sebosa podría olerse a kilómetros y siempre terminaba con el estómago revuelto, después de cada reunión.

El nivel de estrés al que se sentía sometida por la situación, había hecho que bajara su rendimiento académico y que se le comenzara a caer el cabello. Sufría de insomnio y, cuando dormía, tenía pesadillas con que aquel gnomo asqueroso bufaba y babeaba sobre ella. Casi podía sentir la grasa de su piel en las manos. Se despertaba en la madrugada y se tomaba algunas gotas de flores de Bach, para tratar de calmarse.

El taconazo

Un día, como a las 7 de la noche, después de salir del trabajo, Irma no se sentía bien y decidió no ir a clases, sino directo a su casa. Cuando hubo pasado poco más de la mitad de la carretera panamericana, un motorizado se le atravesó y ella frenó de golpe. El hombre se había caído de la moto, pero no le pasó nada. Ella se bajó rápido del carro y el tacón de su zapato derecho se enredó en el borde de la puerta. Cayó al suelo y se dobló el pie izquierdo. Tuvo un esguince grado 1 y le inmovilizaron el pie por unas semanas.

Guardó el reposo sugerido y se reincorporó al trabajo el lunes siguiente. Tenía que usar una venda de presión en el pie izquierdo y muletas para no apoyar el pie, por unas dos semanas más. Respetó las indicaciones del médico, pero en el pie derecho, utilizó tacón, todos los días. Una manía la hacía llevar siempre el otro zapato dentro de la cartera.

La semana que se reincorporó a trabajar, Javier pasó por el puesto de Irma y le pidió que se reunieran después de la jornada, para actualizarla en algunas cosas que habían cambiado en el sistema. Ella accedió de mala gana y cerca de las 6 de la tarde, comenzó la reunión. Él se extendió todo lo que pudo, hasta que Irma se percató de que ya eran las 8:30 de la noche.

Irma sintió temor de pronto, al pensar que estaba sola con Javier en la oficina y que afuera quedaban muy pocas personas a esa hora. Su novio estaba en Guarenas, cuidando a su madre y no iría a recogerla ese día. Le dijo a Javier que era tardísimo y que tenía que irse. Se levantó tambaleante y se apoyó de sus muletas. Tomó su bolso y se lo guindó del brazo izquierdo. Javier se había levantado al mismo tiempo que Irma y se apresuró a cortarle el paso, antes de que ella pudiera salir de la oficina.

La tomó de la cintura y le quitó una de las muletas, arrojándola al suelo. “Ya va Irmita, pero ¿Para dónde vas tan rápido chica? Si me debes una salida ¿No te acuerdas? Yo te llevo para tu casa, tranquila.” Irma trató de zafarse y forcejeó con Javier, mientras él le pasaba su nariz grasosa y llena de bultos por el cuello. “No Javier, por favor, suéltame.”

Irma estaba segura de que Javier iba a violarla porque empezó a estrujar sus senos y a tratar de meter las manos en su entrepierna. Presionó su miembro contra la pierna izquierda de Irma y ella emitió un quejido. “No Irmita, no vayas a gritar mamita. Ya vas a ver que te va a gustar. Mira cómo me pones.” La obligaba a pasar la mano izquierda por encima de su pantalón. Sin más que sus manos para defenderse, muy asustada y a punto de gritar, Irma recordó el zapato derecho que llevaba en la cartera.

Afortunadamente, el bolso que llevaba ese día era de broche y no de cierre, por lo que pudo sacar el zapato con más facilidad. Movida por el pánico, no lo pensó ni un segundo para asestarle un taconazo en la cabeza a Javier. Éste se tambaleó y se puso la mano en la cabeza. Irma aprovechó para recoger rápidamente su muleta y su zapato y salir lo más rápido posible de la oficina.

Llegó a su carro, cerró la puerta, pasó los seguros y tuvo un ataque de pánico. Comenzó a llorar y sacó de su bolso un paquete de toallitas húmedas, del que sacaba una tras otra y se las pasaba por la cara, por el cuello, por el pecho y por todos los sitios donde recordaba que había sentido el repulsivo roce de la piel grasienta de Javier. Las manos le temblaban tanto que no podía meter la llave para prender el carro. Finalmente lo encendió y de camino a su casa, pensaba en que seguro había perdido el empleo. Sin embargo, otro pensamiento también se asomaba: “No me arrepiento porque ese asqueroso se lo merecía y alguien tenía que enseñarle a respetar a las mujeres.”

Aquel taconazo que Irma le propinó a Javier, dejó una huella color púrpura en su frente que fue la comidilla de los supervisores, al día siguiente. Aunque sentía que había hecho lo correcto, Irma no había podido dormir esa noche, pensando en que no quería asistir el día siguiente al trabajo porque seguro le iría peor y sería el blanco de la ira de Javier.

Para su asombro, Javier ni siquiera la miró y varios días después, un extraño cambio en la coordinación, lo trasladó a otra sede de la empresa, donde iba a encargarse de la gerencia de un departamento. Desde entonces, no lo ha vuelto a ver. Irma estaba aliviada de no haber perdido su empleo. Se sentía libre, como si por meses, había sido cazada como un animal y ya no la perseguían, por lo que no tenía que huir o esconderse. “Era un taconazo bien dado lo que él necesitaba.”

Unos años después del incidente, Irma se retiró de esa empresa, se graduó de abogada y ahora trabaja como asesora legal, en una empresa de seguros. Continúa usando tacones todos los días.

Gloria abandonó a Gilberto para proteger a su hijo

“¿Inconscientemente? ¡Sí claro!”

Tras haber sufrido acoso y agresiones físicas de su pareja, Gloria tomo la decisión de denunciarlo.

Gloria se debatía entre dejar que la Ley siguiera su curso y detuvieran a Gilberto por acosarla y agredirla físicamente, a riesgo de que cuando saliera libre buscara la manera de vengarse o que su hijo le reprochara haber encarcelado a su padre, y la opción de no formalizar la denuncia y apostar a que él respetaría el acuerdo de conciliación. Los minutos corrían y ella debía tomar una decisión.

El funcionario había salido de la oficina, para darle a Gloria unos minutos a solas y que pudiera pensar en la decisión que debía tomar. Ella pensó que ese tiempo no le alcanzaría, pero resultó que le pasó como a esas personas que han estado al borde de la muerte y dicen que ven toda su vida pasar ante sus ojos, porque hizo un recorrido desde su niñez, la breve adolescencia, sus padres, su abuela, Gilberto, la habitación en La Pastora, Los Magallanes, los insultos de Gilberto, sus golpes...su hijo.

Parecía mentira que el destino de aquello que prometía ser un proyecto de vida maravilloso, tenía que decidirse en unos minutos, en esa oficina de 2x2 m², paredes beige, un escritorio con una silla detrás y dos al frente, una computadora, tres archivadores altos y cientos de carpetas, apiladas en el suelo, en la pared izquierda: “Qué triste que todo termine así.”

Recapituló en su mente, los episodios que la habían llevado hasta ese momento y llegó hasta el inicio de su embarazo. Después de enterarse de la noticia, los padres de Gloria estaban más tristes que molestos. Sin embargo, agradecían que, por lo menos, había terminado el bachillerato. La auparon a continuar estudiando porque pudo entrar a estudiar Educación, en el Instituto Pedagógico de Caracas (Universidad Pedagógica Experimental Libertador). A Gilberto le faltaba un año para graduarse porque había repetido el tercer año.

Tiene 29 años y es maestra de primer grado. Quiso ser educadora desde niña. Es hija única y sus padres se separaron cuando ella era niña. Sin embargo, lleva una buena relación con ambos. Ahora vive en Los Valles del Tuy, en la casa de su madre, quien le cedió hace unos años el espacio de la planta superior, para que ella construyera su parte de la vivienda, con entrada independiente.

Gloria es de baja estatura, tiene la piel oscurecida por el sol, el cabello corto y teñido de rubio, ojos verdes y esquivos. Nació en Caracas, en Los Magallanes de Catia y hasta ser adulta, vivió entre los Valles del Tuy y la casa de la abuela Betina, en Los Magallanes. Betina la cuidaba cuando su madre iba a trabajar.

Lourdes, la madre de Gloria, trabajó varios años como cajera de un supermercado, hasta llegar a ser supervisora de cajas. No pudo ascender más, debido a que sólo había culminado la escuela secundaria. Sin embargo, llegó a ser una empleada de confianza a la que le tenían mucho respeto. Tuvo que retirarse a los 45 años, debido a una afección en su columna vertebral. Pero no se quedó sin hacer nada, vende ropa en su casa y hasta tiene un cuarto nada más para eso. La gente de la zona la conoce y le compra porque le pueden pagar por partes. Gloria la ayuda, comprándole las cosas en Caracas porque ella no puede cargar peso.

El círculo de amistades de Gloria, lo conformaban sus compañeros de clase y los chicos que vivían en el sector donde ella pasaba la mayor parte de su tiempo. Gilberto era uno de sus amigos y se hicieron novios cuando ella tenía 15 años y él 16. Pasó poco tiempo, antes de que tuvieran relaciones sexuales sin protección y ella quedara embarazada.

Cada uno se quedó viviendo en su casa y los padres de Gilberto, apoyaron económicamente a Gloria durante el embarazo porque él todavía era menor de edad y no trabajaba. Cuando salió del liceo y cumplió los 18 años, Gilberto comenzó a trabajar en una zapatería y dos años después, le pidió a Gloria que se mudaran juntos. A ella le pareció buena idea porque ya eran una familia y eso sería lo ideal. Además, ella no quería que su hijo repitiera la historia de vivir con sus padres separados.

Se mudaron a una habitación en una casa de La Pastora. Era pequeña, pintada de un color blanco muy opaco, casi gris y no tenía baño propio. Apenas cabían las cosas que tenían, incluida la cuna del niño.

Gloria le había pedido a su mamá que por favor le consiguiera trabajo en el supermercado y Lourdes accedió a regañadientes, con la condición de que no dejara de estudiar. Fue difícil, pero Gloria logró ajustar sus horarios para estudiar y trabajar. La abuela Betina, le cuidaba al niño durante el día.

Con los horarios tan ajustados, Gloria apenas tenía tiempo para hacer las actividades que le asignaban en la universidad, cuando llegaba de noche a La Pastora, luego de haber recogido al niño en la casa de su abuela. Gilberto llegaba un poco antes que ella, pero no hacía nada en la casa que pudiera aliviarle la carga a Gloria. Lo que sí hacía, era quejarse, porque consideraba que Gloria no le prestaba suficiente atención, no estaba siempre dispuesta a hacer el amor porque estaba cansada, no le tenía lista la comida o porque no le planchaba la ropa.

Gloria pensaba a menudo en el mal carácter que había desarrollado Gilberto, luego de que se mudaran juntos: “Tal vez se siente frustrado porque yo estoy estudiando, pero fue él el que no quiso ir a la universidad.” Y era la universidad el tema de discusión favorito que tendría Gilberto, durante los próximos meses: “Salte de esa mierda de universidad y ven temprano a la casa a atender a tu marido.”

Poco después, la actitud agresiva de Gilberto empeoró, al quedarse sin empleo durante algunos meses. Gloria se hacía cargo de todos los gastos y Gilberto, llegaba todos los días tarde en la noche, alegando que había estado buscando empleo, pero que no había conseguido nada. Gloria estaba demasiado ocupada, trabajando duro para costear los gastos y tratando de mantener el ritmo de la universidad, como para discutir ese tema con Gilberto.

A veces, antes de dormir, a Gloria le costaba conciliar el sueño —aunque estaba muy cansada—, debido a las preocupaciones. Cuando Gilberto despertaba y notaba que ella no se había dormido, aprovechaba la oportunidad para comenzar a discutir: “Anda, dilo. Solamente estoy esperando que saques las uñas y me digas que tú puedes hacer todo sola y que no me necesitas. Yo sé que andas buscando cómo botarme.” Gloria se daba la vuelta, sin responderle y cerraba los ojos, hasta que el cansancio la vencía.

Después de cuatro infinitos meses y de que Gloria tuviera que echar mano de todos sus ahorros, finalmente Gilberto comenzó a trabajar en una ferretería. Sin embargo, la dicha de Gloria duró poco porque resultó que la ferretería quedaba al lado de una licorería y Gilberto, que no bebía, se había hecho de un nuevo grupo de amistades en la ferretería que lo invitaban a quedarse a tomar algunas cervezas, después del trabajo. Primero sólo los sábados, luego los viernes y sábados, después era desde los jueves, hasta hacerse rutina diaria.

El único beneficio que Gloria obtenía de la nueva conducta de Gilberto era que, como llegaba más tarde de lo normal —pasadas las 10 de la noche—, ella tenía tiempo a solas, para dedicárselo a su hijo y a las asignaciones de la universidad. La historia cambiaba cuando él llegaba, por lo general, con ganas de discutir. A veces, cuando Gloria sentía las llaves tratando de ubicar la cerradura, apagaba rápido la luz, se metía en la cama y se hacía la dormida, para evitar discutir con Gilberto.

Recuerda una noche en particular. Gilberto llegó como a medianoche, ella estaba estudiando para un examen cuando él entró —muy borracho— y le pidió que lo mirara y se diera cuenta de que ella lo había convertido en un borracho. Gloria lo miró, pensando: “Éste sí es bravo, como si yo le hubiera dicho que se gastara todo el sueldo en caña.” No manifestó sus pensamientos para no empeorar las cosas, pero le pidió que bajara la voz porque el niño estaba dormido y lo iba a despertar.

Gilberto no hizo caso de su petición y siguió: “Claro, como ella es la perfecta, la estudiosa. En tu casa, atendiendo a tu marido es donde tienes que estar, no en la mierda esa de universidad porque ahí lo que van las mujeres es a buscar macho.” Gloria se hartó de los gritos de Gilberto y lo mandó a callarse y que se fuera a dormir. “A mí tú no me mandas, perra ¿Quién carajo te has creído?” La empujó y ella se golpeó con el buró que estaba junto a la cama.

Gloria respondió al empujón, asestándole un puñetazo a Gilberto en el hombro. Él se la apartó de encima y se fue a acostar porque la borrachera no le permitía estar de pie. A la mañana siguiente no hablaron porque él estaba dormido cuando ella se fue con el niño.

Tiempo de cambios

Los maltratos verbales y físicos, se repitieron en varias oportunidades, hasta que Gloria decidió dejarlo y mudarse a la casa de su abuela. No le avisó que se iría. Un día faltó a clases y nada más se llevó la ropa del niño y la suya. Gloria no quería que su hijo estuviera en un ambiente con energías tan negativas y siendo testigo de violencia.

Al darse cuenta, Gilberto la llamó: “A mí no me vengas a pedir nada, ve cómo te las arreglas sola.” No fue a buscarla, ni le pidió que regresara. Gloria estaba muy dolida porque había invertido mucho tiempo y energía, tratando de que su proyecto de familia funcionara y sentía que había fracasado.

Gilberto la llamó varias veces para pedirle que regresara, pero ya Gloria no sentía lo mismo por él. El tiempo que había pasado lejos de Gilberto, había sentido paz, tranquilidad y le había servido para recuperarse en la universidad. Se preguntaba si su amor por Gilberto se había terminado o si lo que ocurría, era que no iban al mismo ritmo: “Es como si el no encajara en mi vida, como si yo hubiera seguido avanzando y él se quedó atrás en algún momento.” Después de haberla agredido físicamente, Gloria le había perdido el respeto y sus sentimientos hacia él, eran diferentes.

Gloria vivió en la casa de su abuela cerca de dos años. Cuando estaba cerca de culminar su carrera universitaria, consiguió un nuevo empleo como operadora telefónica de atención al cliente, en una conocida empresa distribuidora de alimentos y bebidas. Le pagaban mejor y tenía un buen seguro médico para ella y el niño. Sabía poco de la vida de Gilberto porque de vez en cuando iba a visitar al niño, siempre que Gloria estuviera en la casa.

Lo que Gloria no sabía, era que Gilberto ya había tramado cómo regresar a la palestra. Un día en su trabajo, cuando Gloria se dirigía al baño, se topó con un grupo de personas que acababan de ingresar a la empresa y esperaban para entrar a una sala de entrenamiento de personal. Entre ellos, estaba Gilberto, quien sabía que Gloria trabajaba allí.

Ella se asombró, pero no dejó que él la viera. Unos días después, Gilberto se acercó al puesto de trabajo de Gloria, con la excusa de saludar y ella fue tajante en pedirle que se retirara porque él debía respetar su trabajo y no tenía nada que hacer allí. A lo que él respondió: “Yo sigo siendo tu marido y el papá del hijo tuyo, así que me respetas y mucho cuidao` con una vaina porque si me entero que andas con otro aquí, te voy a joder. Ya lo sabes.” Y se marchó.

El hostigamiento de Gilberto no se limitó al trabajo. La llamaba, le enviaba mensajes ofensivos, la esperaba cuando salía del trabajo para seguirla y ver adónde iba, la esperaba en la casa de la abuela Betina, para saber a qué hora llegaba. Era como su sombra y ya Gloria había perdido la poca paz que tenía. Cambió de número telefónico, caminaba siempre mirando hacia atrás cada tanto, para comprobar si Gilberto la seguía, casi no dormía y la situación afectó también su rendimiento académico. Así que un día pensó: “Basta, no me aguanto más esto.”

Una noche, cuando Gloria estaba llegando a la casa de su abuela, se encontró a Gilberto sentado en la sala, esperándola. Sintió tanta ira, que sus fosas nasales se dilataron en una fuerte expiración. Le pidió a su abuela que le cuidara al niño un momento más y luego hizo pasar a Gilberto a su habitación. Una vez adentro, cerró la puerta con fuerza, se quedó parada detrás de ella, con ambas manos en la cintura y lo interpeló: “¿Qué carajo es lo que tú quieres? Me tienes harta, déjame en paz, nosotros ya no tenemos nada.”

Gilberto había logrado sacar una parte de Gloria, que ni ella misma conocía. Nunca había sido agresiva, siempre fue muy pacífica y partidaria de la comunicación, pero hacía mucho que la situación la había sobrepasado. Gilberto, que se había sentado en la cama, la miraba inexpresivo hasta que, en cuestión de segundos, la haló con fuerza por el brazo derecho y la tiró contra la pared.

Gloria se golpeó tan fuerte en la cabeza que la pared retumbó y ella cayó al suelo aturdida. Se tocó la cabeza porque pensó que se la había roto y mientras trataba de levantarse, Gilberto la tomaba de los cabellos, diciéndole: “Tú te lo buscaste por andar de puta por ahí. No me voy a ir del trabajo, ahí me vas a tener hasta que a mí me dé la gana y todo el mundo sepa que yo soy tu marido.” Aunque Gloria y Gilberto nunca se casaron.

Sin darle tiempo para recuperarse, Gilberto la lanzó a la cama y, luego de forcejear, la puso boca abajo, se sentó sobre ella, apoyado en las rodillas y contuvo las manos de Gloria con sus piernas. Comenzó a apretarle fuerte los senos, el entrepierna y la vagina, mientras le decía: “Esto es mío y no vas a ir a dárselo a nadie más”.

La mantuvo allí unos minutos y luego se levantó y salió de la casa como si no hubiera pasado nada. Gloria cerró la puerta del cuarto y trató de calmarse porque le temblaba todo el cuerpo. Se quedó sentada en el piso unos minutos, detrás de la puerta, llorando. Luego se secó las lágrimas, se levantó, arregló el desorden de la habitación y fue por su hijo.

Siempre ha sido una mujer decidida, así que al día siguiente, le contó a su jefa —que siempre fue muy empática con ella— lo que le ocurría y que Gilberto estaba trabajando allí. Su jefa inmediatamente se ofreció a ayudarla, conversando con

Gilberto, para tratar de persuadirlo de que no molestara más a Gloria. Gilberto hizo caso omiso a sus palabras y fue bastante grosero al responderle: “Esa es mi mujer y es algo entre ella y yo, en lo que usted no se debe meter.”

La jefa de Gloria, le manifestó preocupación por su seguridad y le insistió que denunciara a Gilberto. Ése mismo día, la acompañó a la Unidad de Atención a la Víctima del Ministerio Público, ubicada en la avenida Urdaneta de Caracas. Una vez allí, una mujer le pidió sus datos a Gloria y le dijo que esperara, mientras se desocupaba el funcionario que atendería su caso.

Pasados unos cuarenta minutos, se abrió la puerta de una oficina, de la que salió una pareja, acompañada de un hombre. Éste último, se acercó a la mujer que había atendido a Gloria y le preguntó algo. Luego se dirigió a Gloria y le hizo un gesto para que le acompañara. Una vez en la oficina, ella le contó su historia y de cuando en cuando, el funcionario la interrumpía para hacerle algunas preguntas, como que si Gilberto era el padre de su hijo, si todavía mantenían una relación de pareja y otras cosas.

Le hizo saber que Gilberto sería citado y que ella debía asistir nuevamente, cuando a él le correspondiera. Ella estuvo de acuerdo y hasta allí llegó el proceso ese día. La citación no se hizo esperar y al día siguiente, Gilberto la estaba recibiendo en su trabajo. No se acercó a comentarle nada a Gloria al respecto y asistió el día que fue citado.

Cuando Gloria llegó a la oficina del Ministerio Público, ya Gilberto estaba allí. El funcionario la hizo pasar a ella primero y le explicó que si formalizaba su denuncia, debía hacerse un examen forense, en caso de que todavía presentara signos de la agresión física. Luego debía realizar otras gestiones y era probable que Gilberto fuera detenido. La otra opción que le brindó, fue la conciliación, en la que Gilberto se

comprometería a no acosarla o agredirla más físicamente. Le dijo que la dejaría sola unos minutos para que tomara una decisión, mientras conversaba con Gilberto.

Luego de poner todo en perspectiva, Gloria sentía que hacer lo correcto, era dejar que la Ley siguiera su curso. Sin embargo, pensó en que su hijo podría reprocharle alguna vez, que permitiera que su padre fuera a la cárcel. También sintió miedo, al pensar en que si Gilberto iba a la cárcel, quisiera vengarse cuando saliera. La balanza se inclinó hacia su hijo y prefirió sacrificar su tranquilidad, confiando en que Gilberto respetaría los acuerdos de la conciliación.

De pronto se abrió la puerta y Gloria, que había estado sumida en sus pensamientos, viendo el film de su vida que la mente proyectaba, se sobresaltó. El funcionario hizo sentar a Gilberto junto a Gloria y se dirigió a ella, explicándole que había hablado con Gilberto y él estaba consciente de que lo que había hecho estaba mal.

Gilberto se disculpó con Gloria, casi llorando y le dijo que no había querido lastimarla, pero que lo hizo inconscientemente porque le había dolido mucho perderla y que en ese momento estaba fuera de sí mismo. Ella lo miró incrédula, pensando: “¿Inconscientemente? ¡Si claro! no me digas.” Él se comprometió a no molestarla más y a retirarse del trabajo.

Acto seguido, el funcionario le preguntó a Gloria si había tomado una decisión y ella le respondió que iba a conciliar, con la condición de que Gilberto cumpliera su palabra porque, de lo contrario, formalizaría una denuncia. Con esta decisión, el caso quedó cerrado.

Posteriormente, Gloria y Gilberto acordaron los días en que él visitaría al niño y la manutención que pagaría mensualmente. Gilberto cumplió su palabra de no volver a acosarla o agredirla y Gloria se mudó a Los Valles del Tuy con su madre.

Los estudiantes le exigieron respuestas al director en una asamblea

La distancia de la vergüenza

Victoria Blanco fue víctima de violencia psicológica, física, amenaza, actos lascivos, ofensa pública por razones de género y violencia institucional, durante año y medio.

A Victoria no le falta mucho para graduarse y está en su mejor momento académico, pero no siempre fue así. Durante año y medio de haber sido víctima de agresiones y luego de haber destapado una caja de Pandora en su Escuela, ni siquiera quería ir a clases porque veía a su agresor, paseándose impune por los pasillos y salones.

Después de ocho meses, los ánimos se han enfriado, los estudiantes ya no protestan, ni hacen asambleas para exigir que se apliquen medidas disciplinarias. Ya no forran las paredes con panfletos: “No queremos a un profesor maltratador.” Después de ocho meses, casi nadie comenta su caso. Sin embargo, Victoria espera pacientemente que éste se active en la Fiscalía y que el Tribunal se pronuncie, porque una vez que eso ocurra, no habrá excusas para que no se aplique la justicia.

Ella tiene 25 años, delgada, piel blanca, ojos grandes y redondos, cabello oscuro y gestualidad histriónica. Aparte de ser estudiante en la universidad más importante del país, es actriz de teatro y titiritera. Es la menor de ocho hermanos de distintos padres y madres e hija de una madre soltera. Tiene pocos recuerdos de su padre biológico, pero el segundo esposo de su madre, ha llenado en demasía cualquier carencia paterna.

Tomó un curso hace varios semestres, con un profesor sumamente ilustrado de su Escuela. Desde el primer momento se sintió atraída por él, tanto intelectual como físicamente. Tiene un fetiche por la presencia del intelecto en sus relaciones afectivas, por lo que él le resultaba irresistible. Sentía que todo en Alonso era deliberado. Él, consciente de sus encantos, hacía gala de ellos a voluntad, tal como lo hace un pavo real.

Entre las cosas que más disfruta Alonso Alcalá, se encuentran la poesía, las películas de Pier Paolo Pasolini y de Francis Ford Coppola, su cama Capuy, sus libros y, por supuesto, exhibirse. Abiertamente cínico, éste hombre que parece extraído de la picaresca española y que sólo rinde culto a sí mismo, es profesor universitario y casi mata a Victoria Blanco.

Victoria no era indiferente para Alonso. Una noche, ella se encontraba afuera de la Facultad, sentada en un banco —donde siempre esperaba a que él terminara sus clases para verlo pasar— y cuando él salió, la vio y la invitó a tomar un café. Victoria accedió de inmediato y terminaron tomándose algunas cervezas en un restaurant. Alonso lanzó su red, hilada con poesía. Casi no dejó hablar a Victoria, pues su ego es tan grande que tiene voz propia.

Incluso en esa, que era la primera cita, él siempre fue muy invasivo. Le tocaba las manos, la abrazaba, trataba de besarla y Victoria, que no tiene temor al cuerpo o al contacto corpóreo, le permitió algunas libertades. La llevó a su casa y para entonces ya estaba atrapada en esa red, con la fascinación de una sirena que conoce por primera vez el mundo terrestre.

La relación avanzó velozmente y desde el principio, Alonso se encargó de enfatizarle a Victoria, lo agradecida que debía estar de que un hombre como él, se

fijara en ella. “Yo soy un tipo muy arrecho. No salgo con mujeres que no estén a mi nivel intelectual porque aparte de que soy PhD, lo que te doy yo, no te lo va a dar nadie.”

En la estampa de Alonso, la pulcritud de su intelecto, choca con su aspecto desprolijo. Da la impresión de estar sucio, aunque vista ropa de buena calidad. Tiene acné en el rostro y usa un perfume que le regaló una amante, pero no porque tenga el hábito de usarlo.

No acostumbra respetar cánones sociales, normas de etiqueta o convencionalismos. Si estaban en un sitio público y Alonso quería tocar los senos de Victoria o estrujar sus glúteos, lo haría sin importar quien estuviera alrededor. Victoria, que tiene cierto pudor y hay cosas que no le parecen apropiadas para hacer en público, le pedía que, por favor se controlara. Él respondía insultándola: “Coño pero tú pareces una mujer de provincia. Sí te preocupas por mariqueras. ¿Quién va a venir a decir algo? Si eres pendeja.”

A pesar de que los insultos comenzaron a la par de las primeras caricias, Victoria compartía momentos tan especiales con Alonso, que la hacían olvidar cualquier maltrato. Alonso alimentó el intelecto de Victoria, como quien abona una planta. Constantemente le regalaba bibliografía extraordinaria, le instruyó en arte, cine, poesía y literatura. Ella todavía se pregunta cómo se las ingenió Alonso para regalarle los momentos más sublimes que ha experimentado hasta ahora y también los más abominables. Asegura que esa conducta es parte de una estrategia de subyugación planificada, practicada y refinada con el tiempo.

Ella trató de mantener en secreto su relación, por el temor a sentirse señalada por sus compañeros de clase o por los profesores. Sin embargo, Alonso la llevaba a cualquier evento cultural que ofreciera la universidad y se exhibía con ella del brazo,

sin importar quien estuviera presente. Exhibirse haciendo algo cuestionado por la sociedad, en uno de los placeres que más disfruta. Para Victoria, el hecho de que Alonso hiciera pública su relación con una estudiante, hacía que aumentara su adoración por él.

Entre el teatro y la universidad, Victoria tenía un ritmo de vida bastante agitado. No obstante, aquello no era excusa para no ir a trotar todas las noches con Alonso. Él es obsesivo compulsivo del ejercicio y la vida sana porque le tiene demasiado temor a la vejez. Luego de trotar algunas horas, se iban a la casa de Alonso —en la que Victoria se quedaba a dormir con frecuencia— y ella preparaba la comida, limpiaba la casa, lavaba la ropa y luego debía —quisiera o no— tener sexo con Alonso, porque él le decía que para eso es una relación de pareja y que si ella no quería, él iba y llamaba a cualquier amante que sí quisiera.

El apartamento donde vivía Alonso era, supuestamente, de un tío. Luego, Victoria se enteró de que efectivamente era de un tío, pero de un tío de la pareja de Alonso que vivía en el interior del país. Alonso tiene más de 10 años de relación con esa mujer —mayor que él— y una hija de 3 años con ella. Tienes otros tres hijos con edades entre 13 y 20 años, producto de dos relaciones anteriores. No tiene una relación cercana con ninguno de los tres.

Una de las cosas que Alonso dejó claro, después de que Victoria se enteró de su relación con la madre de su hija menor —Dilia Cárdenas—, es que debía tolerarlo: “Esto es algo que tú te tienes que calar Victoria porque esa mujer me ha ayudado muchísimo, tenemos una hija pequeña y yo nunca la voy a abandonar.”

Victoria, ingenua, estaba segura de que podía lograr que las cosas cambiaran y de que su amor ablandaría el carácter de Alonso, lo que no ocurrió. Una vez que él

dejó claros todos sus términos, no tenía motivos para reprimirse. No permitía a Victoria salir con sus amigos porque decía que eran unos brutos que no le aportarían nada a su intelecto.

Ella no podía arreglarse, ir a la peluquería o maquillarse porque Alonso la sometía al escarnio público, gritándole en la calle: “Nada más estás pendiente de la putería. Viste que eres una maldita puta. Esa ropa es de paviperra sambilera. Tú nunca vas a ser una intelectual porque lo que quieres es estar mostrando el culo.”

No importaba cuánto suplicara Victoria, él no bajaba la voz o paraba de insultarla. Le tenía prohibido que mirara a los hombres a la cara y podían estar compartiendo una cena romántica en un restaurante hasta que, si un mesonero se acercaba a decirles algo y ella lo miraba, eso bastaba como detonante para que la culpaba de haber arruinado la velada: “Coño es que tú no puedes estar tranquila, tenías que escoñetar el momento, eres una puta ¿Por qué coño le tienes que ver la cara a ese tipo?”

La rutina del teatro, la universidad y las intensas horas de ejercicio diarias, lograron que Victoria bajara mucho de peso. Su madre, que sabía de la relación con Alonso pero no de los maltratos, le manifestaba su preocupación, al verla tan delgada, desaliñada y demacrada. Cuando Victoria se lo comentaba a Alonso, éste le respondía que su madre no entendía que ella ahora estaba haciendo vida intelectual y que arreglarse no era una prioridad: “Pero qué va a saber tu mamá si es una buhonera.” La madre de Victoria siempre ha sido comerciante y tiene una posición económica privilegiada, producto de más de 30 años de trabajo.

Victoria no creció en un seno familiar violento. Sus padres se separaron amistosamente y su madre mantiene una excelente relación con su segundo ex esposo, a quien Victoria considera su padre. El padre biológico de Victoria era un

hombre bohemio y reacio a los compromisos emocionales. Tuvo seis hijos con varias mujeres. Victoria sólo tiene algunas memorias de él, cuando era niña porque luego no volvió a verlo. Sin embargo, su madre le reconstruyó una imagen positiva de su padre.

El hombre al que considera su padre, también es artista y después de varias sesiones de terapia, Victoria comprendió que, al igual que su madre, ella repite esa atracción por el intelecto. Sueños recurrentes con su padre biológico, la llevaron a encontrarse una madrugada, tratando de ubicarlo a través de una red social. Tiene un apellido alemán poco común y aunque no lo encontró, ubicó a hermanos que no conocía, ni la conocían. Descubrió que su padre había fallecido, pero logró establecer vínculos con esos hermanos.

Lejos de sí misma

Alonso es el pupilo de su jefe de Cátedra en la universidad. Son amigos muy cercanos y una noche, el señor lo invitó a su casa. Victoria lo acompañó y la velada fue agradable, hasta cerca de las 10 de la noche, cuando ella tuvo que ir al baño y su celular sonó. Alonso atendió la llamada y cuando ella salió del baño, él estaba furioso: “¿Quién coño te llama a esta hora? Es que esta putería se te va a acabar.” Tomó el celular y lo arrojó por la ventana del apartamento. Tuvieron un forcejeo y ella le pidió al anfitrión que, por favor, le abriera la puerta porque se quería ir.

Alonso la tomó del brazo y la tiró contra el suelo. Le rompió la ropa, rasguñó sus senos, la golpeó en la cara y ella comenzó a gritar: “Por favor, llamen a la policía.” El amigo de Alonso intervino, pidiéndole que ya no la golpeará y que se calmara. Finalmente, cuando estaba en harapos, dejó de golpearla: “Maldita prostituta. Ahora sí nos vamos.”

Aquella no fue la primera, ni la última vez que Alonso la agredió físicamente. Él casi no duerme y cuando lo hace, tiene tormentosas pesadillas que hacen que se despierte dando alaridos de terror y bañado en sudor. Tal vez se deba a que su padre lo golpeaba mucho cuando era niño. Una madrugada, mientras Victoria dormía a su lado, le colocó una almohada en la cara para ahogarla. Cuando estaba cerca de asfixiarla, se la quitó

Victoria estaba en la más absoluta desolación emocional. Tuvo varias crisis existenciales e incluso religiosas. Alonso es un ateo confeso y ridiculizaba el hecho de que Victoria creyera en Dios. Aquel “Ángel de mi guarda, dulce compañía...” que Victoria había rezado antes dormir por más de veinte años, ya no estaba en su mente. No le tenía temor a Alonso ni a sus maltratos, lo que realmente la aterraba, era lo alejada que estaba de sí misma: “Yo no sabía ni quién era, no me reconocía.”

A los pocos meses de comenzar la relación, Victoria quedó embarazada. Alonso no quería tenerlo pero ella sí y él fue muy tajante en su decisión: “Yo ya tengo hijos. Te vas a joder tu vida porque no te has graduado. Ése es tu peo, a mí no me vengas a decir nada porque te estoy diciendo que hay maneras de finiquitar ese embarazo.”

Lamentablemente para Victoria, el embarazo no prosperó. Duró menos de un mes y terminó con un sangrado espontáneo, debido al estrés y el maltrato al que era sometida. Todavía le afecta esa pérdida, sobretodo porque estaba sola cuando ocurrió. Fue un sábado y Alonso viaja religiosamente cada fin de semana a visitar a Dilia. Cuando regresó, le dijo a Victoria que eso fue lo mejor que pudo pasarle.

Aparentemente, el tío de Dilia descubrió la relación de Alonso con Victoria y le pidió que se fuera del apartamento. Alonso, digno protagonista del género literario del que parece haber salido, no tiene posesiones materiales. Vive de dos humildes

salarios y todo lo demás, se lo suministra Dilia, quien tiene una excelente posición económica. Se mudó a un apartamento propiedad de su padre, en Parque Central, para compartir la residencia con una sobrina que ya vivía allí.

En una oportunidad, Victoria recibió la llamada de una chica, estudiante de una reconocida universidad del interior del país —en la que Alonso es profesor. La chica había conseguido su número, revisando el celular de Alonso porque también mantenía una relación clandestina con él. Le dijo a Victoria que se alejara de él porque a ella le había destruido la vida y la había llevado a la locura. La hizo practicar abortos y la obligaba a participar en orgías.

“Llaman a la policía”

Victoria, que ya estaba bastante decepcionada, procuró comenzar a marcar distancia de Alonso. No se quedaba tan seguido con él, le inventaba excusas para no verlo y se inscribió en un gimnasio, sólo para molestarlo porque a él no le gustaban: “Esos son sitios para gente vacía, brutos y paviperras. La mujer que se mete ahí es porque quiere que se la coja un instructor.”

Un viernes en la noche, mientras ella estaba en el gimnasio, Alonso la llamó para saber dónde estaba y fue a buscarla. Al llegar, ella dejó de ejercitar y se dispuso a alistarse porque podía ver la furia en sus ojos y prefirió salir de allí, antes de que Alonso armara un escándalo.

Cenaron en un restaurant y los ánimos se calmaron un poco. Luego fueron a bailar y a comer en una arepera. Una vez en el carro, Victoria le pidió que la llevara a su casa. Ella sabía que él la obligaría a tener sexo y no quería irse con él a su apartamento esa noche. Alonso se puso histérico: “¿Cómo? ¿Me estás diciendo que

me tuviste toda la noche como un maldito carajito y no vamos a tirar hoy? Estás loca, tú no te vas a tu casa.”

Tomó el celular de Victoria y lo arrojó por la ventana. Comenzaron a forcejear. Llegaron al edificio donde vive la madre de Victoria y Alonso le pidió que se bajara del carro. No obstante, bajó los seguros de las puertas y ella lo amenazó con llamar a Dilia Cárdenas y contarle todo, si no la dejaba bajar. Alonso reaccionó violentamente: “Tú no vas a llamar a nadie maldita puta.” Tomó el bolso de Victoria del asiento de atrás y lo vació, regando todas las cosas dentro del carro, hasta tomar sus llaves.

Victoria le pidió que se las devolviera y comenzaron a forcejear. Alonso le rompió la ropa, la golpeó por las piernas, el torso y la cara. Torcía sus brazos para fracturárselos: “Te voy a dejar inútil, te voy a desfigurar, te voy a partir los brazos para que ni siquiera puedas hacerle la paja a los tipos con los que te quieras acostar.”

Ella trató de patearlo y partió la palanca del limpiaparabrisas. El nivel de cólera de Alonso se incrementó: “Ahora voy a tener que cambiar todo el tablero, maldita puta. Esta palanca me la vas a pagar con sangre.” Ella levantó el seguro de la puerta, la abrió y el la cerró de nuevo, aplastando sus dedos. Tomó una cuerda de ejercicios y se la enrolló a Victoria en el cuello. La estaba ahorcando y en ese momento, sintió terror por primera vez, mientras pensaba: “Dios mío me va a matar, que salga alguien a ayudarme por favor.” La soltó justo antes de que se desmayara, abrió la puerta, la tiró del carro, le arrojó las llaves y se fue.

Su madre y su hermana se encontraban en casa. Al día siguiente era el cumpleaños del padrastro de Victoria —que vive en Barquisimeto, Estado Lara— y ellas viajarían en la mañana, para pasar el fin de semana con él y el resto de la

familia. Cuando su madre la vio, tuvo una crisis nerviosa y le pidió a Victoria que por favor se alejara de Alonso.

Su hermana, la única que sabía de la situación de violencia desde el principio, le exigió a Victoria que cuando Alonso volviera a pegarle, no acudiera a la casa de su madre: “Yo no puedo ayudarte porque tú eres responsable de esta situación. Si mi mamá se muere por tu culpa o tú vuelves a venir en ese estado, porque va a volver a pasar, voy a ser yo la que te entre a coñazos.”

Victoria suplicó para que no le contaran nada a su papá o a sus hermanos. Al día siguiente, Victoria llamó a Alonso para que éste le regresara sus pertenencias. Al principio se negó, pero ella lo amenazó con entrar a su apartamento a buscarlas. Él fue a su casa y la esperó abajo, dentro del carro. Victoria entró al carro para recoger sus cosas y Alonso pasó de nuevo los seguros.

Victoria lo amenazó con que no le devolvería las llaves de su apartamento, hasta que no le comprara un nuevo celular. Él se puso furioso y comenzó a gritar: “Llamen a la policía que esta mujer es una ladrona, llamen a la policía.” Una vecina salió de su apartamento al escuchar los gritos. Victoria la conocía y le pidió que llamara a la policía. Una vez que Alonso se dio cuenta de que habían hecho el llamado, trató de irse, pero el oficial de seguridad del edificio le dijo que no podía retirarse porque había sido él quien solicitara la llamada.

Cuando la policía llegó, Victoria estaba serena. Los funcionarios preguntaron qué ocurría y Alonso se apresuró a decir que Victoria era una loca que lo acosaba y que le había robado un juego de llaves de su casa. Cuando le preguntaron a Victoria, ella contó su versión de los hechos y se llevaron a Alonso detenido. Ella debía formalizar la denuncia.

Llegaron a la jefatura y los funcionarios llevaron a Victoria a un Centro Diagnóstico Integral (CDI), ubicado en el Municipio Sucre de Caracas, para que le realizaran un examen físico. Tenía un latigazo cervical, aparte de múltiples hematomas y contusiones. Usó un collarín por varias semanas. El lunes —porque el personal encargado no labora los fines de semana— debía asistir a la Medicatura Forense para efectuarse otro examen físico, cuyo resultado enviarían como prueba del caso, a la Fiscalía General de la República.

El domingo se efectuó la audiencia de presentación, en el Tribunal N° 2 de Violencia contra la Mujer. A Victoria le asignaron una Fiscal que llevaría su caso. Ante la jueza, Alonso declaró que había lastimado a Victoria, sin querer, durante un forcejeo, en el que ella causó daños a su vehículo y le partió la palanca del limpiaparabrisas.

Victoria se sentía como en una experiencia surrealista o dentro de una pesadilla. Había una niña que había sido violada y esperaba el turno de su audiencia. Toda la experiencia era chocante y abrumadora. Se limitó a contestar brevemente, pues casi no podía articular, era como si estuviese sedada, ausente. Nunca ha consumido estupefacientes, pero piensa que así debe sentirse.

El poco impacto que causó la declaración de Victoria y la falta del examen forense, dejaron a Alonso en libertad, hasta que el caso se reanude, cuando lleguen todas las pruebas. Ambos fueron remitidos al equipo multidisciplinario que se encarga de brindar ayuda psicológica a las víctimas y a sus agresores. Una medida de alejamiento de las partes involucradas, fue impuesta por el Tribunal.

Victoria asistió el lunes a la Medicatura Forense y se efectuó el examen físico. Ellos son responsables de enviar directamente esa prueba a la Fiscalía General de la

República, lo que no ha ocurrido desde hace ocho meses. La evaluación psicológica llegó hace unos días y hasta que no llegue la prueba del examen forense, el caso no seguirá su curso.

La caja de Pandora

Comenzaron las clases en la universidad y, por sugerencia de la directora del centro donde Victoria recibió apoyo psicológico, ella efectuó una denuncia pública de su caso. Su terapeuta no estaba de acuerdo con la decisión porque consideraba que Victoria no tenía las herramientas para lidiar con las consecuencias emocionales y sociales que aquello implicaría.

Victoria efectuó la denuncia ante el Consejo de Escuela y la remitieron a hablar con la representante profesoral en el Consejo de Facultad quien, a su vez, la remitió a otra profesora que le sugirió hablar con el director de la Escuela. Luego de solicitarle cartas, evidencias y documentos, se nombró una comisión para hacer seguimiento a su caso. La respuesta que brindaron a Victoria, fue que no podían tomar acciones porque la medida de alejamiento, privaba a Alonso del derecho al trabajo.

Le indicaron que el Tribunal debía especificar el metraje exacto de la medida de alejamiento. Victoria se comunicó con la Fiscal que llevaba su caso y ésta redactó un oficio dirigido al director de la Escuela en el que indicaba que la *Ley Orgánica sobre el Derecho de las Mujeres a una Vida Libre de Violencia* (LODMVLV) no especifica metros para la medida de alejamiento. Instaba a la universidad a cumplir la medida dictada por el Tribunal porque, de lo contrario, la institución incurría en un delito. Alonso no podía ingresar al recinto universitario.

Como respuesta al oficio, Alonso estuvo dando clases en el edificio de la Biblioteca de la universidad, durante algunas semanas. Posteriormente, los estudiantes se enteraron de lo ocurrido a Victoria y se armó un gran revuelo. Ella se encontraba en un momento emocional muy difícil. Se sentía señalada, acusada y rechazada por algunos profesores y compañeros. Sin embargo, otros le brindaron su apoyo y se enteró de algunos casos de alumnas de la Escuela, que habían pasado por la misma situación con Alonso. Pensaba: “Destapé una caja de Pandora.”

Indignados por la ausencia de respuestas al caso por parte de la Escuela, el Consejo Estudiantil efectuó una asamblea en la que exigieron respuestas al director. Alonso asistió y se quedó a un lado del pasillo, observando cínico y sonriente, como si se tratara de una comedia teatral.

Victoria sintió que la estocada final que le propinaron las autoridades universitarias, fue el día en que le hicieron a Alonso el concurso de oposición. Ella no asistió porque estaba consternada y sólo pensaba: “¿Cómo es posible tanto descaro? Él es un Edmundo Chirinos en potencia.” Los estudiantes acudieron el día del concurso, vistiendo de negro como luto activo.

De la caja de Pandora que Victoria había destapado, salió la declaración de una profesora que aseguró haber sido víctima de Alonso. En una fiesta a la que habían asistido varios profesores, Alonso se había propasado con ella.

Los estudiantes seguían presionando y forraban las paredes de la Escuela con panfletos, escribían en los pizarrones que no querían que Alonso dictara clases. Sin embargo, lo que hacían en la tarde, ya no estaba en la mañana. Era prácticamente prohibido hablar del tema y el director de la Escuela, le comunicó a Victoria que Alonso volvería a dar clases en los salones. También le dijo que enviarlo a dar clases

a la biblioteca, era una cortesía que habían decidido tener con ella. Sin embargo, mientras el Tribunal no se pronunciara, no harían nada más.

Durante año y medio, Victoria fue víctima de los delitos de violencia psicológica, física, amenaza, actos lascivos, ofensa pública por razones de género y violencia institucional. Siente que todo lo ocurrido, parece un fragmento extraído de la novela *El proceso*, de Franz Kafka. Luego de ocho meses de espera para que el caso pueda seguir su curso en la Fiscalía General de la República, Victoria ha perdido la fe en las personas, en las instituciones y en la justicia. Hasta duda si realmente quiere el título de una universidad que le dio la espalda.

Decidió denunciarlo cuando sintió que sus hijos estaban en peligro

“Si no me conviene, que no venga”

Alma se había propuesto la meta personal de que su matrimonio con José funcionara porque quería que sus hijos crecieran en un hogar estable.

El llanto desesperado de su hija de meses y los gritos de José: “¡Ven a buscar a tu hija porque yo me voy y la vas a conseguir muerta!”, fueron suficientes para que Alma Guerra tomara su bolso y saliera de la oficina, decidida a terminar con esa situación.

No podía sacarse de la cabeza el llanto de su hija. Ese día tenía un examen muy importante de macroeconomía, para el que había estudiado mucho. Eran las 4 de la tarde y debía estar en la universidad a las 6, para presentar el examen. Llamó a un taxista conocido y le pidió que la llevara, lo más rápido que pudiera, a la casa de su tía. Allí recogió a su tía y a su prima, para que la apoyaran y cuidaran a la niña, mientras ella iba a la universidad.

Cerca de las 5, llegó a su casa, al otro extremo de la ciudad. Mil imágenes pasaron por su cabeza, durante el trayecto a su casa. Todas trágicas. “Dios mío, que este loco no se haya ido y haya dejado a mi hija sola en la casa.” Por fin llegaron. Su angustia creció cuando entró al apartamento y no escuchó llorar a la bebé. Su tía y prima se quedaron en la sala, mientras ella entró al cuarto a buscar a la niña.

Proyecto de vida

Cuando Alma se casó con José, a los veinte años, su primer hijo tenía 2 años de edad. Vivía en Caracas, entre la casa de su padre y su abuela porque ambas estaban cerca. Sus padres se divorciaron cuando ella tenía 9 meses. Sin embargo, no sintió la ausencia de ninguno de los dos porque compartía con ambos. Mucho más con su papá, quien practicaba motociclismo y era un héroe para ella. Ahora tiene 34 años, es voluptuosa, alta, morena, cabello corto y lacio.

Es la mayor de tres hermanos y cuando su padre se volvió a casar, se mudó a vivir a Valencia, Estado Carabobo. Alma viajaba con frecuencia, durante las vacaciones y navidades para compartir con su padre y sus hermanos, que son producto de esa relación.

La familia de José vivía cerca de la casa de su padre y fue allí donde lo conoció, durante unas vacaciones. Se hicieron novios rápidamente, pero la relación terminó unos meses después, cuando culminaron las vacaciones y Alma tuvo que regresar a Caracas.

Alma siempre ha sido muy independiente. Comenzó a trabajar poco antes de cumplir los 18 años. En ese empleo conoció al padre de su primer hijo. No tenían una relación de pareja y el embarazo fue producto de una eventualidad. Cuando supo que estaba embarazada, no pensó ni por un momento en no tener al bebé. Sin embargo, el padre no quiso hacerse responsable y le sugirió que lo abortara. Ella estaba decidida a tenerlo y él optó por desentenderse de su hijo.

Ella estaba contratada en la empresa y al finalizar el contrato, no se lo renovaron porque estaba embarazada. Se quedó a vivir en la casa de su abuela porque contó con el apoyo de su familia. Cerca de culminar su embarazo, José viajó a

Caracas a visitarla y se sorprendió de encontrarla embarazada. Después de eso, la llamaba eventualmente.

Cuando su hijo tenía 2 años, Alma viajó a Valencia en diciembre, para pasar la Navidad y el Año Nuevo, en la casa de su papá. Se reencontró con José, quien le dijo que no la había olvidado, que quería formar una familia con ella y ser un padre para su hijo. Ella le creyó y estableció como meta personal que ese proyecto de vida funcionara. Alma trabajaba en la misma empresa que, años atrás, no le había renovado el contrato por estar embarazada. La habían llamado nuevamente cuando su hijo tenía unos 5 meses y a partir de entonces, llegó a cumplir 10 años trabajando en esa transnacional.

La historia de José siempre fue confusa para Alma. Él no hablaba de su familia y evadía el tema cuando ella le preguntaba. Una vez, Alma se enteró de que la madre de José le había sido infiel a su papá y él la había descubierto. Debido a eso, su concepto de las mujeres era bastante negativo. Él sólo estudió hasta el tercer año de la secundaria, por razones que Alma desconoce.

En marzo, José le propuso matrimonio. A ella le emocionó la idea porque siempre fue su ilusión tener un hogar y que su hijo pudiera criarse en un seno familiar completo. Ella aceptó y él le dijo que lo harían a escondidas para que nadie interviniera y así, cuando él la visitara en Caracas y quisiera quedarse con ella, nadie pudiera protestar porque él era su marido.

Ella no entendió sus motivos. Siendo tan independiente, Alma no estaba acostumbrada a rendir cuentas a nadie de sus acciones. Trabajaba desde los 18 años y pagaba todos sus gastos y los de su hijo. Era mayor de edad, se llevaba bien con su familia y no entendía por qué debía esconderse.

José insistió en que se hiciera de esa manera y Alma aceptó sus condiciones. Como no le contó a su familia, le pidió a dos amigas que asistieran a la boda como testigos y ellas convencieron a Alma para que le contara a su madre. Alma la llamó poco antes de la boda y su mamá, aunque sorprendida, respetó su decisión y le preguntó si quería que organizara algo en su casa para celebrar la boda. Alma le pidió que preparara una comida para compartir un rato con la familia, después de que se casaran.

Antes de que José llegara a la Jefatura Civil, su madre llamó a Alma, muy molesta, para reclamarle que José le había robado un equipo de sonido a su hermano, para venderlo y viajar a Caracas para casarse con ella. Alma le dijo que no tenía idea de que él hubiera hecho eso y le explicó que se casaban escondidos porque José lo había decidido así. Minutos después, era José quien llamaba a Alma para reclamarle que le contara a su madre sobre la boda y decirle que no se casaría con ella.

Alma no sabía qué pensar. Estaba consternada, pero desde pequeña, le inculcaron que no se debe obligar a las personas a hacer lo que no quieran, así que en ese momento, aplicó lo aprendido y le respondió a José: “Está bien, no vengas.”

Llamó a su mamá y le dijo que no preparara la comida porque no se casaría. Estaba triste y decepcionada, pero siempre ha procurado reponerse rápido y seguir adelante. Cuando se disponía a irse a su casa, José la llamó nuevamente. Le dijo que estaba decepcionado porque ella no le había pedido que no la dejara y que después de pensarlo bien, decidió que sí se casarían y que iba camino a la Jefatura. En ese momento, Alma decidió dejar el destino de la boda —y el suyo— a la suerte. Se persignó mientras pensaba: “Si no me conviene, que no venga.”

Decidida a que funcionara

Alma entró al cuarto y encontró a José durmiendo con la bebé en la colchoneta. La niña se había quedado dormida después de haber llorado mucho rato. Alma apretaba los dientes de tanta ira que sentía y comenzó a golpear a José con los pies, para despertarlo. José se sobresaltó al ver que Alma estaba en la casa. Ella cargó a la bebé y comenzó a reclamarle por lo que había hecho. Estaba furiosa y le gritaba, sin dejarlo hablar: “Dame las llaves de mi carro, agarra tu ropa y te vas porque si regreso y te encuentro aquí, te la voy a tirar por la ventana. Te vas ya de aquí. Te vas.”

José pretendía detenerla, mientras ella salía del cuarto pero cuando llegó a la sala, se dio cuenta de que Alma no había llegado sola. Él comenzó a pedirle disculpas y que se quedara para conversar un momento. Insistía en que le devolviera las llaves del carro. Alma le entregó la bebé a su tía y las llaves del carro a su prima, ordenándole que, sin importar lo que él le dijera, no se las diera.

Tomó su bolso y se fue a la universidad, a presentar el examen. Llegó 45 minutos tarde, pero le permitieron presentarlo. Al salir, llamó a su casa para saber si José ya se había ido. Su prima estaba histérica porque José la había empujado y forcejeado con ella, para quitarle las llaves del carro y llevárselo.

Camino a su casa, Alma recordaba aquel día en que dejó que la suerte decidiera su destino y ésta decidió que José se presentara justo a la hora pautada para la boda, a las 9 de la mañana. La madre de Alma había corrido la voz entre familiares cercanos y antes de las 9, llegaron algunos para acompañar a Alma. Cuando José llegó, su semblante reflejó de inmediato lo molesto que estaba por la presencia de la familia de Alma. Él parecía totalmente fuera de contexto en aquel cuadro familiar. Alma estaba acostumbrada a vestirse bien por su trabajo y porque siempre ha sido

coqueta. José vestía jean y franela y llevaba un bolso pequeño, pues acababa de llegar de Valencia.

Se casaron y se fueron a la casa de la abuela de Alma, donde vivirían como un matrimonio. La madre de Alma había preparado la comida porque cuando José llegó a la Jefatura, Alma la había llamado para decirle que sí se casaría. Trataron de hacer amena la celebración, pero José estaba molesto, incómodo y lo manifestaba abiertamente. Las amigas de Alma, al igual que todos los presentes, se percataron de la incomodidad de José y a mediodía, se despidieron cortésmente.

Cuando los invitados se fueron, Alma y José se quedaron en el cuarto y ella decidió no discutir porque, a pesar de todo lo ocurrido, estaba muy feliz al ver materializada su ilusión de casarse. Sin embargo, los primeros días de convivencia fueron muy difíciles. Ella se iba a trabajar y José se quedaba todo el día encerrado en el cuarto, hasta que ella llegara. La abuela de Alma le tocaba la puerta para avisarle que la comida estaba lista y para saber si estaba bien.

José la llamaba incontables veces durante el día y se enfurecía cuando Alma no le atendía el teléfono: “¿Qué carajo estabas haciendo?” Alma justificaba su comportamiento con la excusa de que José todavía era un poco inmaduro, que comenzaba a vivir en una casa nueva, con otras personas y diciéndose a sí misma: “Lo que él necesita es tiempo para adaptarse.”

Tratando de buscar una solución a la incomodidad de José, Alma le comentó que uno de sus tíos, era dueño de un taller mecánico, buscaba un empleado y que ella podría recomendarle a José. Él estuvo de acuerdo y le pidió unos días para ir a Valencia a buscar sus documentos y regresar a trabajar. Regresó una semana después y comenzó a trabajar. Por razones que Alma todavía desconoce, pues no quiso indagar, José no trabajó allí por más de tres semanas.

Encerrado de nuevo en el cuarto, José volvió a su antiguo oficio de llamar a Alma durante todo el día, sólo que ahora agregaba la presión extra de que ya no quería vivir con la familia de Alma y quería que se mudaran solos. Alma estaba decidida a que su familia funcionara, así que, para complacer a José, alquiló un apartamento al oeste de la ciudad.

Además de sus vacaciones, Alma pidió algunos préstamos y adelantos en el trabajo, para poder reunir el depósito del alquiler. No tenía muebles, excepto un closet que Alma le compró al dueño. Sólo tenían la cama del niño y una colchoneta porque los muebles del cuarto que ocupaban en la casa de la abuela de Alma, no eran suyos. Por error, a Alma le depositaron dos veces sus vacaciones y, aunque sabía que se las descontarían, aprovechó para comprar la nevera y un comedor. José seguía sin empleo. Tampoco buscaba y ella no lo presionaba. Frecuentemente, Alma descubría que José le mentía, pero no le reclamaba para evitar discusiones.

Un compañero de trabajo de Alma, se iría a vivir al extranjero y habían organizado una reunión de despedida. Ella invitó a José para que la acompañara, pero él no quiso ir. El sitio de la reunión quedaba en el extremo opuesto de la ciudad y a Alma le habían ofrecido llevarla a su casa cuando terminara.

José la llamaba cada cinco o diez minutos para preguntarle a qué hora regresaría. Ella le había dicho que la reunión terminaba cerca de la 1 de la mañana y que no se podía molestar porque ella lo había invitado. La reunión se extendió más de lo previsto y Alma llegó pasadas las 3 de la madrugada. Consiguió a José sentado en el suelo, dormido.

Cuando la oyó llegar, se despertó y Alma se asustó cuando vio la expresión de su rostro. Sintió escalofríos y retrocedió un poco. Él se levantó del suelo y le reclamó a gritos: “¿Tú crees que yo soy un pendejo? Estas no son horas de llegar ¿Quién coño

te has creído?” Mientras discutían, José tenía agarrado con ambas manos el espaldar de una de las sillas del comedor. Eran varas gruesas de madera y era tal su cólera, que astilló el espaldar de la silla. Alma entró en pánico y comenzó a llorar. Él soltó la silla y se calmó.

Meses después del incidente, una noche Alma se sentía mal y tenía fiebre. Quería fumar y bajó un momento a comprar un cigarrillo, en un apartamento donde los vendían detallados. Dejó el celular en la casa y José lo revisó. Encontró un mensaje de texto que un ex novio de Alma le había enviado, saludándola. Cuando Alma regresó al apartamento, encontró a José histérico.

Había roto los vidrios de las ventanas a golpes. Le gritaba, reclamándole y tomó una sandalia pesada que era de Alma y se la arrojó. Ella logró esquivarla, pero él la había lanzado con tanta fuerza, que rompió la pared. Ese día, el hijo de Alma no estaba en la casa y ella sólo pensaba: “Este tipo me va a matar.” La golpeó fuerte en el brazo y luego le asestó un puñetazo en la espalda. Cuando se disponía a propinarle otro golpe, decidió golpear la puerta del closet y la hundió. Luego se calmó y le pidió disculpas a Alma. Le dijo que había reaccionado así porque la amaba, ella era todo para él y no quería perderla.

Durante ese primer año de convivencia, Alma quedó embarazada y José no quería que lo tuviera. Ella había decidido tenerlo “Si no aborté al otro, menos a éste.” José estaba muy molesto por la decisión y le dijo que él no estaba preparado para tener hijos. Era el mismo José que, hacía cerca de un año, quería ser un papá para el primer hijo de Alma. No fue cariñoso con ella durante el embarazo. Consiguió trabajo en un supermercado, pero no duró más de tres meses y Alma no vio un solo bolívar de ese empleo.

Para evitar poner en riesgo su embarazo, Alma se hacía la dormida cuando lo sentía llegar en la noche. Le tenía mucho miedo. Ella llevaba un diario en el que solía escribir cuando iba camino a su trabajo, pues quedaba muy lejos de su casa. Escribía sobre su temor: “Dios mío ayúdame porque no sé cómo voy a salir de esto.”

Sin embargo, el instinto de proteger a sus hijos, estaba más activado que nunca, debido al embarazo. Una noche, mientras discutían, José rompió el espejo del closet de un puñetazo y se cortó la mano. Alma estaba harta de sentirse aterrorizada e impotente y no permitiría que él lastimara a los niños. Sacó la ropa de José del closet y la arrojó por la ventana. “Te vas de esta mierda ya y recoge lo que te queda porque si no, lo termino de lanzar.”

José metió las pertenencias que le quedaban en una sábana y se fue. Llamó a Alma 2 horas después, para pedirle que lo dejara regresar, pero ella no se lo permitió. Al día siguiente, una chica llamó a la casa de Alma preguntando por él. Resultó que tenían una relación y ella estaba preocupada porque él la había llamado la noche anterior para decirle que la tía histérica con la que vivía, lo había corrido de la casa y se estaba quedando en la casa de unos conocidos. Ella lo había llamado a ese número, pero allí le habían dicho que llamara a su esposa y le facilitaron ése otro.

La casa de los conocidos, era la casa de la abuela de Alma y después de extraerle toda la información a la chica, le dijo que efectivamente ella era su esposa, que tenía ocho meses de embarazo de un hijo de él y que ella lo había corrido. La muchacha se disculpó y le dijo que no sabía de su existencia.

Alma le pidió a su mamá que se mudara a su casa, para que la ayudara cuando diera a luz. Al llegar el día, le avisó a José y él se presentó en la clínica. Sin importar lo que había pasado, Alma sintió mucha ilusión de que él estuviera allí en ese momento.

Una vez en la casa, él visitaba seguido a la niña y desde el primer momento, la trató con cariño. Alma decidió darle una oportunidad y lo dejó regresar a la casa. Su mamá estaba furiosa pero respetó la decisión de Alma, como siempre. Ningún miembro de la familia de Alma, supo de los maltratos físicos.

Durante los primeros meses de vida de la bebé, José fue espléndido. Cuando ella amamantaba a la niña, él masajeaba su espalda y ella sentía que ese momento de afecto que compartían, transmitía energía positiva a la bebé. Alma se sentía plena. No obstante, la paz terminó cuando ella se reincorporó a trabajar. A pesar de tener muchísimos gastos, Alma pudo comprar un carro. De inmediato José se adueñó de él porque ella no sabía conducir y él la llevaba a todas partes.

Transcurridos algunos meses, ya no la llevaba a ninguna parte y pasaba todo el día fuera con el carro. La mamá de Alma, que la ayudaba con la niña y que veía como José se desentendía de ella, comenzó a cansarse de ser niñera y pasaba varias horas al día fuera de la casa, para obligar a José a quedarse con su hija.

Gracias al apoyo de la empresa en la que trabajaba, Alma pudo comenzar a estudiar la carrera de economía, de la que cursó 3 años. La empresa le costaba el 50% del costo de la universidad. Sin embargo, Alma no podía dedicarse a estudiar tranquilamente porque los problemas entre su madre y José se habían intensificado y ahora eran ambos, los que la llamaban constantemente al trabajo, para atormentarla. Él porque quería salir y la mamá de Alma no estaba para quedarse con la niña y ella porque quería darle una lección y obligarlo a que se ocupara de su hija.

Así fue como llegó el día del examen de macroeconomía, para el que Alma había hecho un esfuerzo mayúsculo por estudiar. Luego de que José pasara toda la mañana y parte de la tarde en la casa porque la mamá de Alma había salido temprano y aun no regresaba, José amenazaba a Alma con dejar a la niña sola e irse. Sus gritos

habían alterado a la bebé, quien lloraba desconsoladamente. Alma le había explicado que ése día tenía el examen y no podía faltar, pero a José no le importaba eso: “Bueno no vas pa` una mierda, pero te vienes ya.”

Como chatarra en una esquina

Al llegar a su casa, mientras se preguntaba cómo su proyecto de vida se había convertido en aquella pesadilla, Alma decidió denunciar a José. Quería dar fin a la vida que llevaba a su lado y no dejaría que la maltratara más. Formuló la denuncia ante el Ministerio Público, en la Unidad de Atención a la Víctima, ubicada en la avenida Urdaneta de Caracas.

Le dieron una citación que debía entregar a José. Lo llamó y él fue a buscar la citación al día siguiente. Se presentó el día previsto y el funcionario que atendió el caso, los hizo conciliar porque, de lo contrario, José pasaría de 3 a 18 meses preso.

Alma dejó claro que ella no lo quería cerca y que si volvía a molestarla, no dudaría en denunciarlo para que lo detuvieran. Le exigió que le devolviera el carro pero él le pidió que se lo dejara unos días más. También le pidió disculpas ante el funcionario por haberla agredido.

José tuvo un accidente con el carro y lo detuvo Tránsito. Llamó a Alma para que fuera a llevarle los documentos del vehículo y poderlo sacar del estacionamiento de Tránsito. Para acabar con el problema del carro, Alma se lo vendió a su papá, pero éste no se lo pagó, lo chocó y lo dejó parado cerca de la casa de Alma.

Todos los días ella lo veía cuando iba camino a su trabajo. Sentía mucha rabia porque algo que había obtenido con tanto sacrificio, nunca lo disfrutó y terminó como chatarra en una esquina. El carro era un reflejo de su fracaso matrimonial y para darle

fin a la tortura que la imagen representaba, se lo vendió al dueño de un taller que vendía partes de vehículos.

José no volvió a molestarla por varios años. Ella lo llamaba para que firmara los documentos de divorcio, pero él se negaba porque Alma había presentado a su hija sólo con su apellido y él quería, como condición para firmar, que le permitiera a la niña llevar el suyo. Varios años después, regresó con la intención de acercarse a su hija, pero Alma no le tenía confianza y no se lo permitió. Cuando su hija cumplió 9 años, comenzó a preguntarle a Alma sobre su papá y a pedirle que le permitiera conocerlo. Ella accedió a regañadientes, pero por varios años, no le permitió a José estar a solas con ella. José finalmente accedió a firmar el divorcio en el año 2011.

Lista de referencias

Según Normas APA – UPEL (2003)

Bibliográficas

Aguirre Baztán, Á. y Anguera Argilaga, M. (1997). *Etnografía. Metodología cualitativa en la investigación sociocultural*. México: Alfaomega Grupo Editor, S.A. de C.V.

Álvarez, O. y León, M. (2004). *Violencia contra las mujeres*. [Boletín] Boletín en cifras. Caracas: Instituto Nacional de la Mujer.

Arias, F. (2006). *El proyecto de investigación. Introducción a la metodología científica* (5th ed.). Caracas: Editorial Episteme.

Carosio, A. (2010). *Reflexión sobre la lucha para erradicar la violencia contra la mujer*. Caracas: Centro de Estudios de la Mujer.

Cuenca, H. (1980). *Imagen literaria del periodismo*. Caracas: Ediciones de la Biblioteca de la Universidad Central de Venezuela.

García González, M. (2005). *Fundamentos del periodismo: conceptos teóricos y aplicaciones prácticas*. Madrid: Editorial Fragua.

Gómez, L. y Zerpa, I. (2009). *Cuando la noticia es la violencia contra la mujer: De cómo hacer noticias sin herir en el intento. Algunas consideraciones iniciales*. Caracas: Centro de Estudios de la Mujer.

Grosman, C.; Mesterman, S. y Ádamo, M. (1989). *Violencia en la familia. La relación de pareja: aspectos sociales, psicológicos y jurídicos*. Buenos Aires: Editorial Universidad.

Gruber, R. (2001). *La etnografía, método, campo y reflexividad*. Bogotá: Grupo Editorial Norma.

- Herrera, E. (1991). *La magia de la crónica*. Caracas: Fondo de Humanidades y Educación, Universidad Central de Venezuela.
- (1997). *Periodismo de opinión, los fuegos cotidianos*. Caracas: Literae editores.
- Hoyos, J. (2003). *Escribiendo historias, el arte y oficio de narrar en el periodismo*. Medellín: Editorial Universidad de Antioquia.
- Inamujer. (2006). *0 800 Mujeres*. [Boletín]. Resumen de Datos Primer Semestre. Caracas: Instituto Nacional de la Mujer.
- Martínez, T. (2006). *La otra realidad*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Moreno Olmedo, A. (1997). *La familia popular venezolana*. Curso de Formación Sociopolítica 15. Caracas: Fundación Centro Gumilla.
- Rada Romero, I. (2006). *Manual práctico para víctimas de la violencia intrafamiliar contra la mujer*. Caracas: Editorial El perro y la rana.
- Rotker, S. (2005). *La invención de la crónica*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Shrader, E. y Sagot, M. (1998). *La ruta crítica que siguen las mujeres afectadas por la violencia intrafamiliar: Protocolo de investigación*. Washington: Organización Panamericana de la Salud.
- Traverso, M. (2000). *Violencia en la pareja: la cara oculta de la relación*. Washinton: Banco Interamericano de Desarrollo.
- Universidad Pedagógica Experimental Libertador. (2003). *Manual de trabajos de grado de especialización y maestría y tesis doctorales* (3ª ed.). Caracas: FEDEUPEL
- Varios autores. Pacheco, C. y Barrera Linares, L. (Comp.), (1997). *Del cuento y sus alrededores*. Caracas: Monte Ávila Editores Latinoamericana.

Varios autores. Silva, M. y Molano, R. (Eds.), (2006). *Las mejores crónicas de Gato Pardo*. Prólogo: Martín Caparrós. Bogotá: Random House Mondadori.

Varios autores. (2008). *Soho: Crónicas*. Bogotá: Editorial Aguilar.

Revistas

Álvarez, O. y Parra M. (1997). Violencia hacia la mujer: Conceptos y dimensiones. *Revista Venezolana de Estudios de la Mujer*, Vol. 2. N°. 5 (Octubre/Diciembre), 21-33.

Blanco, J. (2009). Rostros visibles de la violencia invisible. Violencia simbólica que sostiene el patriarcado. *Revista Venezolana de Estudios de la Mujer: Las violencias contra las mujeres*, Vol. 14. N°. 32 (Enero/Junio), 63-70.

Comesaña Santalices, G. (2006). La violencia contra las mujeres como mal radical. *Revista Venezolana de Estudios de la Mujer: Violencia y género*, Vol. 11. N° 26 (Enero/Junio), 17-43.

Gimeno Reinoso, B. y Barrientos Silva, V. (2009). Violencia de género versus violencia doméstica: La importancia de la especificidad. *Revista Venezolana de Estudios de la Mujer: Las violencias contra las mujeres*, Vol. 14. N°. 32 (Enero/Junio), 27-42.

Gutiérrez Gómez, J. (2009). El acceso a la justicia de mujeres que viven en situación de violencia. *Revista Venezolana de Estudios de la Mujer: Las violencias contra las mujeres*, Vol. 14. N°. 32 (Enero/Junio), 43-52.

Jaimes Guerrero, Y. (2009). Política judicial frente a la violencia de género. *Revista Venezolana de Estudios de la Mujer: Las violencias contra las mujeres*, Vol. 14. N°. 32 (Enero/Junio), 15-26.

Villegas Poljak, A. (2009). La violencia obstétrica y la esterilización forzada frente al discurso médico. *Revista Venezolana de Estudios de la Mujer: Las violencias contra las mujeres*, Vol. 14. N°. 32 (Enero/Junio), 125-146.

Trabajo de ascenso

Yagüe Jarque, E. (inédito). *Caracas crónica*. Trabajo de ascenso no publicado, Universidad Central de Venezuela, Caracas.

Electrónicas

Álvarez, O.; León, M. y Romero, F. (2011). *Informe sobre la República Bolivariana de Venezuela-Duodécima sesión del Examen Periódico Universal-Octubre 2011 (Período 2007-2010)*. [En línea] Disponible en:

http://www.fundamujer.org.ve/index.php?option=com_flexicontent&view=items&cid=3:noticias-destacadas&id=69:el-informe-epu-sobre-violencia-contras-las-mujeres-del-observatorio-venezolano-de-los-ddhh-de-las-mujeres&Itemid=1

Asociación Venezolana para una Educación Sexual Alternativa (AVESA). (2009). *Informe de monitoreo y evaluación del componente de Sensibilización y Capacitación a Funcionarios y Funcionarias del sistema de justicia del Área Metropolitana de Caracas para la correcta implementación de la Ley Orgánica sobre el Derecho de las Mujeres a una Vida Libre de Violencia del Proyecto Construyendo Capacidades para la Implementación de la Ley Orgánica sobre el Derecho de las Mujeres a una Vida libre de Violencia en Venezuela ejecutado gracias al financiamiento de UNIFEM-Ra*. [En línea] Disponible en: http://www.fundamujer.org.ve/index.php?option=com_rokdownloads&view=folder&Itemid=40

Caparrós, M. (2009). *La crónica según Martín Caparrós*. [En línea]. Blog: El Oficio de narrar. Disponible en: <http://eloficiodenarrar.wordpress.com/2009/03/10/la-cronica-segun-martin-caparros/>

- Garza Lau, R. (2012). “*El trabajo de un cronista no consiste en entrevistar sino en convivir*”: primera jornada del Taller de reportería e investigación con Alberto Salcedo Ramos. [En línea] Disponible en: <http://reddeperiodismocultural.fnpi.org/%E2%80%99Cel-trabajo-del-cronista-no-consiste-en-entrevistar-sino-en-convivir%E2%80%99D-primer-jornada-del-taller-de-reporteria-e-investigacion-con-alberto-salcedo-ramos>
- Gil, J. (2008). *La crónica periodística. Evolución, desarrollo y nueva perspectiva: viaje desde la historia al periodismo interpretativo*. [En línea]. Disponible en: <http://gmje.mty.itesm.mx/gil.html>
- Guerriero, L. (2006). *Sobre algunas mentiras del periodismo*. [En línea]. Revista digital *El Malpensante* N° 75. Disponible en: http://www.elmalpensante.com/index.php?doc=display_contenido&id=337&pag=1&size=n
- Fundación para la Prevención de la Violencia Doméstica hacia la Mujer (Fundamujer). *Informe Sombra Cedaw*. (2009). [En línea] Disponible en: http://www.fundamujer.org.ve/index.php?option=com_rokdownloads&view=folder&Itemid=40
- Jiménez, M. (2010). *Mujeres sufren en silencio el maltrato*. Diario Última Hora on line. [En línea] Disponible en: <http://ultimahoraonline.com/mujeres-sufren-en-silencio-el-maltrato/>
- Ley Orgánica sobre el Derecho de las Mujeres a una Vida Libre de Violencia*. (2007). [En línea] Disponible en: http://venezuela.unfpa.org/documentos/Ley_mujer.pdf
- Linares, A. (2010). *Contar una historia es un intento de entender el mundo*. [En línea]. Disponible en: <http://prodavinci.com/2010/07/11/actualidad/leila-guerriero-contar-una-historia-es-un-intento-de-entender-al-mundo/>
- Magnus, O. (2010). *La influencia árabe en Latinoamérica*. [En línea]. Disponible en: <http://oddmagnus.com/wp-content/uploads/la-influencia-arabe-en-latinoamerica.pdf>

Martínez, J. (2012). *Las valientes hijas de Eva*. [En línea]. Disponible en: <http://www.contrapunto.com.sv/columnistas/las-valientes-hijas-de-eva>

Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD). *Informe de Objetivos de Desarrollo del Milenio (ODM)*. (2009). [En línea]. Disponible en: <http://www.pnud.org.ve/>

Salcedo Ramos, A. (2005). *La crónica: el rostro humano de la noticia*. [En línea] Disponible en: http://bicentenario.fnpi.org/materiales/la_cronica_el_rostro_humano_de_la_noticia.pdf

Zarzar, M. (2008). *Periodismo narrativo. A escribir colores*. [En línea]. Disponible en: <http://www.periodismo.uchile.cl/noticias/2004/eloy2.html>

UNIVERSIDAD CENTRAL DE VENEZUELA
FACULTAD DE HUMANIDADES Y EDUCACION
ESCUELA DE COMUNICACIÓN SOCIAL
BIBLIOTECA GUSTAVO LEAL

FECHA DE ENTREGA: 19-10-12

AUTORIZACION PARA LA DIFUSIÓN ELECTRONICA DE LOS TRABAJOS DE GRADO Y/O
TRABAJOS DE ASCENSO DE LA ESCUELA DE COMUNICACIÓN SOCIAL
UCV,

Yo, (Nosotros) VENUS CANAS
autor(es) del trabajo: "ESTA NOCHE ME HAGO LA
DORMIDA" CRÓNICAS DE MUJERES VÍCTIMAS DE
VIOLENCIA EN VENEZUELA.

Presentado para optar: A LA LICENCIATURA EN COMUNICACIÓN
SOCIAL

A través de este medio autorizo a la Escuela de Comunicación Social de la UCV, para que difunda y publique la versión electrónica de este trabajo de grado, a través de los servicios de información que ofrece la Biblioteca Gustavo Leal de la Institución, sólo con fines de docencia e investigación, de acuerdo a lo previsto en la Ley sobre Derecho de Autor, Artículo 18, 23 y 42 (Gaceta Oficial N° 4.638 Extraordinaria, 01-10-1993).

☒	Si autorizo
☐	Autorizo después de 1 año
☐	No autorizo

Firma(s) autor (es)

[Firma]
C.I. N° 14.875.702
e-mail: v.canas@hotmail.com

C.I. N° _____
e-mail: _____

Por el equipo

C.I. N° _____
e-mail: _____

C.I. N° _____
e-mail: _____

En CARACAS, a los 19 días del mes de OCTUBRE de 2012

Nota: En caso de no autorizar: la Escuela de Comunicación Social publicará en sus portales la referencia bibliográfica, tabla de contenido (índice) y un resumen descriptivo elaborado por la Biblioteca Gustavo Leal, sus palabras claves y se indicará que el autor decidió no autorizar el acceso al documento a texto completo.

La cesión de derechos de difusión electrónica, no es cesión de los derechos de autor, porque este es intransferible.

Título del Producto o Propuesta: _____